



Capítulos del año 1874

Santa María de Jesús

- 18 de enero: Fiesta del Santo Nombre de Jesús. En la vigilia, se presentan fotos de los tres misioneros de Nueva Caledonia y poemas que los mencionan.
- 2-3-4 de abril: el Padre d'Alzon preside las ceremonias de Semana Santa.
- El 6 de abril, lunes de Pascua, habla a la comunidad sobre la misión de Nuestra Señora de los Castillos (Alumnas). El día 9, pasa parte del día en Auteuil y el 12 presidió una profesión.
 - *29 de mayo: en Nîmes, muerte del obispo Plantier, de quien el Padre d'Alzon era el vicario general.*
- 15 de abril: Una carta anuncia la llegada de las hermanas a Nueva Caledonia el 28 de enero.
- 9 de mayo. 1 de junio: Madre María Eugenia está en Londres y Richmond con la hermana Marie de la Nativité.
- 22-27 de junio: Después en Sedan y Reims.
- 14 de julio: Nos enteramos de la enfermedad, sin esperanza de recuperación, de la hermana Marie-Rosalie en Nueva Caledonia. El obispo Vitte le dio la extremaunción.
- 16-21 de julio: la madre Thérèse-Emmanuel acompaña a Saint-Dizier los cuerpos de las diez primeras hermanas que murieron en la Congregación. Descansarán en un pequeño recinto que forma parte de la propiedad.
 - Primera peregrinación de enfermos a Lourdes.
- 10 de agosto: Madre María Eugenia marcha a Poitiers, Burdeos, Lourdes, donde participará en la segunda Peregrinación Nacional. Se encontró con las hermanas que volvían de Eaux-Bonnes y con el Padre d'Alzon, que estaba de retiro en Betharram, que se uniría a la peregrinación. Después, irá a Nîmes y a Lyon.
- 19 de agosto: muerte de la hermana Marie-Rosalie en Nueva Caledonia.
- 5 de septiembre: regreso de la madre María Eugenia.
- 11-20 de septiembre: En Auteuil, retiro de la Comunidad con Padre Donizet S.J.
- 7 de noviembre: Salida de la Madre María del Cristo y de las primeras hermanas para la fundación de Montpellier, fijada para el 21 de noviembre.

- 12 de noviembre: salida de la Madre María Eugenia hacia Lyon, Nîmes, Montpellier.
- *Diciembre: en Nîmes, el obispo Besson sucede al obispo Plantier.*
- 1 de diciembre: llegada de la Madre María Eugenia a Niza.
- 10 de diciembre: Comienza su retiro con el Padre d'Alzon, que había llegado el día anterior a Niza, donde accedió a descansar.
- 23 de diciembre: la madre María Eugenia regresa a París tras su paso y parada en Nîmes y Lyon.

1 de febrero de 1874

La Humildad

Queridas hijas,

Quiero decir unas palabras sobre la fiesta que celebramos mañana y que es una de las grandes fiestas en las que se pone de manifiesto la humildad de la Santísima Virgen.

María se somete a la ley que no fue hecha para ella, ya que la concepción de su divino Hijo fue un privilegio y una gloria, y que permaneció virgen e inmaculada en su maternidad, pero quiere someterse a la ley de los pecadores. Quiere pasar por la humildad a la obediencia, por la dependencia a la obediencia. Se adapta a una forma de hacer las cosas que la sitúa en el rango de las mujeres normales y de todas las hijas de Adán. Aprended, pues, la humildad por este ejemplo de María.

A medida que me hago mayor, reconozco cada vez más que no hay virtud más necesaria en la vida religiosa. No me refiero a esa humildad que es solo de apariencia, de forma, de palabras, sino de esa verdadera y sincera humildad que va al fondo del corazón y que sacrifica a Dios los distintos movimientos del amor propio a Dios.

Cada uno tiene su propia forma de amor. Para algunos es el orgullo el que domina, para otros, la vanidad (es triste decirlo, pero conozco religiosas que tienen una vanidad bien visible, no del cuerpo, por supuesto, sino una cierta vanidad de espíritu), en otros, es la búsqueda de la estima de las criaturas o una especie de orgullo interior, y mil cosas al fin, contrarias a la verdadera, sincera y perfecta humildad. Sois vosotras quienes debéis entrar en lo más profundo de vuestro corazón, donde nadie puede entrar, para arrancar las más profundas raíces.

Podéis decirme: "Pero, madre, yo no tenía esa intención... ¡Si me vieras, por dentro!" Es posible, no lo sé; puede ser como decís vosotras, pero creo que hay pocas, muy pocas personas que no tengan estas pequeñas imperfecciones y que es necesario entrar con valor, con generosidad, en uno mismo, para suprimir esas actitudes y disposiciones en todo lo que uno dice y hace, lo que tiene el tono, el carácter, el matiz del amor propio.

Así, una persona que habla mucho de sí misma pensará que lo hace con humildad. Pero esto es muy difícil. Los santos lo reconocían. Recomendaban lo contrario y tenían mucho cuidado de no hablar de sí mismos. Esto es algo que debemos evitar. Lo mismo ocurre con todo lo que tiene un matiz de amor propio.

Desgraciadamente, es muy fácil que nos demos cuenta de lo que no es tan bueno en la conducta de nuestro prójimo, porque siempre ponemos delante de nosotros sus faltas. ¿Y acaso no nos encontramos pensando: "Aquí hay algo que nos muestra que tal o cual persona tiene amor propio... una nota de vanidad" o bien "¡Qué difícil es vivir con esta persona, es tan susceptible! Cuando percibimos esto en los demás, deberíamos mirarnos a nosotros mismos y decirnos: "Pero a mí, que me ha sorprendido este pensamiento, esta palabra de amor propio, ¿no he hecho yo lo mismo? ¿No es cierto que no reparas en la viga que llevas en tu ojo antes de fijarte en la mota que tiene tu hermano en el ojo?"¹²³

Por desgracia, es fácil engañarse, y uno no se da cuenta lo suficiente en qué medida el amor propio influye y tiene sus consecuencias en nuestras impresiones, en nuestras voluntades, en nuestra conducta, y en nuestras reacciones de carácter. De repente, en ocasiones, el orgullo sale a relucir, para gran asombro de algunas personas que habían estado convencidas durante su vida que tenían una profunda humildad, que ya no les importaba nada. ¿Y cómo es posible? Es porque no han pensado en cortar, en desarraigar todas esas malas raíces del orgullo. Entonces, en algún momento, revelan su presencia: es como una hierba que sus raíces se ha extendido sus raíces por todas partes, sin saber cómo se produjo, y que no sabemos cómo arrancarla.

Veréis, hermanas, este trabajo es la obra de todas las edades y de todos los tiempos. No debéis creer que podemos desprendernos fácilmente de las criaturas y de uno mismo, deshacerse del amor propio. ¡Es un defecto muy tenaz, tan obstinado!. Vive a costa de nuestras propias cualidades. Aprovecha todas las situaciones que dejamos a nuestro paso.

¡Ah!, el que lograra despojarse por completo de sí mismo sería ese hombre raro y maravilloso al que iríamos a buscar hasta el fin de la tierra porque es verdaderamente pobre de espíritu, porque ha procurado eliminar todo lo que manchaba su alma, porque superó y rechazó toda voluntad propia, todo personalismo. ¹²⁴ Un hombre así es querido por Dios, que derrama sobre él sus gracias y sus luces, nadie puede dudarlo.

Es muy cierto que no son los pecados graves los que contaminan nuestras almas. No son faltas contra el sexto mandamiento las que envolverán con un vapor denso nuestra alma. No, por supuesto que no; pero hay inquietudes, ansiedades de todo tipo que nacen del amor propio y que nos envuelven y nos entretienen. Y si nos desprendemos de todo esto encontraremos el secreto de la felicidad.

¡Qué felices seríamos si tuviéramos el amor de Dios y no el amor a nosotros mismos! ¡Qué felices seríamos si estuviéramos siempre en paz, ¡siempre humildes con el prójimo! ¡Que amables seríamos y cómo nos amaríamos! Porque *el yo*, dice Pascal, es *siempre odioso*.

123. Cf. Mt 7,3.

124. “personalidad”: palabra utilizada en sentido peyorativo en el siglo XIX

A medida que desaparecemos, que nos olvidamos de nosotros mismos, encontramos más felicidad, somos más amables con los otros y con Dios. Entonces experimentamos una paz profunda y alegre, porque uno se libera de todas esas preocupaciones que agobian a la gente. La más pequeña distinción, que se le da a uno y se le niega a otro, se convierte en una fuente de envidia y desprecio. Recuerdo que me costó mucho mantener la seriedad ante un señor que me dijo, mientras me mostraba la decoración que llevaba en el ojal: "Vea, señora, esta condecoración". Pues bien, hermanas, ¿ese amor propio que brilla como un destello o resplandor entre los demás y está entre nosotras como algo imperceptible, se esconde, por así decirlo, pero debemos estar atentas para luchar contra ello. Cuando destruyamos el amor propio encontraremos la felicidad perfecta, nuestra perfecta alegría en la vida religiosa, nuestra verdadera unión con Dios y con el prójimo.

8 de febrero de 1874

La Humildad

Queridas hijas,

El domingo pasado me centré en la humildad. Hoy quiero hacerlo de nuevo, para que pongáis mayor atención en el ejercicio de la humildad que es un punto muy importante y necesario para la vida religiosa. Se basa en el hecho de que somos pobres criaturas, miserables y débiles, caídas desde Adán e inclinadas al mal.

¿Hasta qué punto creemos en las consecuencias del pecado original en nosotras? Sin duda creemos en ellas, pues la fe nos lo enseña. Pero entonces, ¿por qué nos sentimos desanimadas cuando percibimos en nosotras esas malas inclinaciones, ya que sabemos que estamos inclinadas al mal? ¿Por qué nos asombramos cuando vemos el mal en nosotras o si otros lo ven y nos

lo dicen por nuestro propio bien? ¡Ah!, es porque no somos lo suficientemente conscientes de las consecuencias del pecado original en nosotras.

Os encontráis en un camino de perfección, y estáis por encima de las miserias y de las deshonras culpables del mundo. Sin embargo, no debemos hacernos ilusiones, pues si no cometemos estos pecados horribles, sin embargo, tenemos la raíz de todos los pecados capitales dentro de nosotras. La verdadera humildad, que nos lleva a vivir una gran sinceridad en nuestra relación con Dios y con nosotros mismos, nos recuerda que estas raíces están ahí. Al mismo tiempo, nos enseña el trabajo que debemos hacer para rechazarlas, elevándonos por encima de ellas, para que Jesucristo viva en nosotras. Y así, encontrando cosas en nosotras que no son bonitas llegamos a despreciarnos profundamente, a poner toda nuestra confianza en Dios, a eclipsarnos en lo posible, a tener un sentimiento muy bajo de nosotras mismos, a querer darlo todo a nuestro Señor.

Si repasamos los siete pecados capitales, encontraremos las semillas de todos ellos dentro de nosotros. Debemos entrar en nosotras con mucho cuidado y buscar las consecuencias de los hijos del orgullo: el amor propio, la vanidad, el deseo de agradar y aparentar, la necesidad de sobresalir, de dominar, en fin, todos los efectos del orgullo, que es el pecado más característico desde la caída del hombre.

Pensemos ahora en la avaricia. ¿Es posible que encontremos avaricia en nosotras? Sí, hay que observarlo cómo actuamos con respecto a lo que se posee, a todo lo que se da, con respecto a los bienes de Dios y a todos los bienes de este mundo frente a la pobreza.

Nosotras tampoco estamos libres de la envidia. La rechazamos con horror, no la queremos y, sin embargo, ¿no sentimos a veces sus efectos?

Debemos tener el valor de mirar todo esto para llegar a conocernos. Muchas personas creen conocerse cuando se ven ante la luz de Dios, con sus deseos sobrenaturales, con las gracias y los bienes recibidos en la oración. Esto es bueno, ya que en este sentido somos imagen de Dios, llenas de sus dones, de su misericordia. Pero, para estas personas, todo termina ahí: corren un velo y miran solo a otro lado.

Sin embargo, no basta con ver que se tiene tal o cual luz, tal o cual disposición, tal o cual sentimiento de fervor: esto es lo visible del rostro de los dones de Dios y por eso debemos ser muy agradecidos. Pero también debemos mirar otro aspecto: el de nuestra bajeza, que nos enseña a despreciarnos y a reconocer que somos esta pobre tierra miserable, llena de espinas y zarzas, sobre la que cae en abundancia el rocío divino.

Ante esta comparación surge naturalmente la verdadera humildad que consiste en confesar que eres indigna de los dones de Dios y de su amor, en no sorprenderse al verse pobre, miserable, con pensamientos imperfectos, con atracción por lo que proporciona satisfacción, y también en llenarse de

gratitud hacia Dios, que no se cansa de hacernos el bien, aunque hayamos abusado habitualmente de sus gracias.

La humildad nos enfrenta por un lado a nuestras imperfecciones y miserias, y por otro, a la bondad y a la misericordia de Dios. Nos parecemos a esos árboles torcidos, a esos niños mal educados y poco dotados a los que sus padres miran sin embargo con ternura. Dios es para nosotros ese padre lleno de ternura, que todo lo soporta y nunca se cansa, que ante una nueva miseria encuentra una nueva misericordia, que nos apoya por la derecha, que y nos levanta por la izquierda.

Así la humildad, nos hace ver por un lado la miseria, la vergüenza de la infidelidad, por otro lado, nos da una gran confianza en Dios. En efecto, Dios, que nos ha amado a pesar de lo que somos, ¿no nos amaría hasta el final? Y si nos ha seducido desde nuestra infancia, ¿por qué no esperar que nos llevará hasta el fin, que nos sostendrá en todo momento en la vida y en la muerte, rodeándonos de esa ternura sobreabundante que supera con creces todos nuestros pensamientos y esperanzas, lo mismo que supera todas nuestras infidelidades?

Así es como llegamos a conocernos a nosotros mismos, a tener confianza en Dios, a desconfiar de una misma. Ya no experimentamos este asombro, poco edificante que a veces nos sorprende al descubrir nuestros defectos y dificultades. He visto personas muy desanimadas, muy tristes ante esta visión. ¿Cómo pudo ocurrirle esto a este "ángel" que vivía en la tierra, y que de pronto se encuentra con los pies en el barro? Nada puede ser más natural: "este ángel" es solo una pobre criatura hecha de barro, inclinada al mal como resultado del pecado de su primer padre y de su primera madre, Dios pasa toda su vida alejándola del mal y acercándola al bien rodeándola de sus gracias, siempre que las acepte y que se humille ante ellas.

Cuando Dios encuentra un alma que realmente se humilla de verdad, que recibe las gracias de Dios como dones de los que se cree indigna, Él derrama sus bendiciones sobre ella con mucha más generosidad y abundancia, porque no teme que se atribuya a sí misma ninguno de sus dones.

Esto, hermanas, es algo sobre lo que nunca trabajaremos demasiado ni para nosotros mismos ni para los demás, si estamos llamados a hacerlo. De esto se derivan todos los efectos de la humildad: en primer lugar, la paz que se promete al alma humilde. Después una gran alegría, porque, aun considerándonos como el último de los miserables, uno sabe que puede apoyarse de la manera más absoluta, más tierna, más confiada en el que es la riqueza infinita. ¿Y qué importa si no tienes nada? ¿Qué nos puede faltar cuando él lo tiene todo y nos lo quiere dar? Un alma que entra en estas disposiciones puede pasar todas las pruebas, todos los peligros, todas las enfermedades, todas las tentaciones e incluso las caídas, sin dejarse sorprender, sin frustrarse ni desanimarse.

22 de febrero de 1874

Perseverar en la oración

Queridas hijas,

Voy a dejar para esta tarde cualquier otro tema, quiero comentaros lo siguiente: todas habéis oído hablar del milagro de este niño de nueve o diez años. No se había curado, después de una novena al Padre Olivaint. La hermana que lo cuidaba le dijo: "Hijo mío, será porque no hemos rezado lo suficiente". Y cuando empezó a rezar de nuevo con confianza, el niño se curó completamente.

Quería llamar la atención sobre el poder de esta súplica apremiante. A menudo hacemos novenas, recitamos letanías, o cualquier otra oración durante nueve días seguidos. Pero una vez que los nueve días terminan, se acabó, no pensamos más en ello. ¡Rara vez volvemos con una súplica apremiante o insistente, con una constante oración, para obtener lo que pedimos a Dios!

Ahora, sobre todo, lo que hay que pedir es la venida de nuestro Señor Jesucristo, el bien de la Iglesia, la salvación de las almas. Recemos por este gran objetivo, la conversión de los pecadores, por el triunfo de la Iglesia, por la libertad, la pureza, la santidad de la Iglesia. La Iglesia es siempre santa, pero corresponde a la santidad de la Iglesia que los sacerdotes, los religiosos, que todos los que la sirven sean santos. Recemos de nuevo por la liberación del Papa, por el final de esos males que, amenazando a los cuerpos, amenazan también a las almas, como las revoluciones y las guerras que propagan el mal en la sociedad cristiana.

A estos grandes motivos generales, podemos añadir los particulares en todo lo que concierne a nuestra perfección, al bien de la Congregación, una gracia que pedimos para una de nuestras hermanas, para una fundación, todas aquellas cosas que creemos que son útiles para la gloria de Dios, su servicio y su reino aquí en la tierra.

¿Pedimos todo esto con suficiente constancia? Cuando tenemos un poco de tiempo, ¿lo utilizamos para rezar con todo nuestro corazón? ¿Con verdadera atención, con gran fervor? Si queréis saber por qué a menudo no obtenemos el objeto de nuestra oración, es porque no rezamos con suficiente insistencia. En lugar de rezar con constancia, con confianza en Dios, nos volvemos hacia nosotros, a lo que nos ocupa, a nuestros defectos, a lo que tenemos en el alma, y no nos dirigimos a Dios con suficiente frecuencia.

Por lo tanto, me limitaré esta tarde a recomendaros que insistáis en la oración; que hagáis de la *oración insistente* lo más fundamental de vuestra vida. Cuando no tenéis nada que hacer, cuando habéis terminado vuestro

trabajo, cuando estéis libre de cualquier ocupación, reza por una cosa u otra. Pedid lo que necesitáis en el momento en que os encontráis.

Observad que nuestro Señor, para hacernos comprender la importancia de la oración, utiliza comparaciones sencillas que no son difíciles de entender. Un hombre que, no teniendo pan, llama a la puerta de su amigo, y persevera en llamar hasta que hasta que se lo da¹²⁵.

125. Lc. 11,8

Así que podemos pedir pan, es decir, lo que necesitamos, y podemos pedirlo con confianza, como un niño a su padre.

Rezad, pues, queridas hijas, rezad con perseverancia por todo lo que necesitáis, así como por las grandes cosas, las cosas generales, las cosas importantes que conciernen a la Iglesia, a la salvación de las almas, y que deben tener una gran importancia en nuestras vidas.

15 de marzo de 1874

Los deberes de estado

Queridas hijas.

Hoy solo quiero deciros unas palabras sobre un asunto que siempre debe estar en vuestras mentes, y que una circunstancia particular me ha recordado estos días: quiero hablaros de los deberes de estado

Nadie en este mundo -y hay que recordárselo a menudo a los niños- puede santificarse sino cumpliendo perfectamente sus deberes de estado. Los deberes de estado de una religiosa son ciertamente: vivir la pobreza, la castidad, la obediencia, la fidelidad, la regularidad. También es el trabajo que se le ha confiado y que le da una parte de responsabilidad hacia su Congregación - casi diría hacia la Iglesia, y con respecto a las almas de las que somos responsables. Por lo tanto, debemos hacer muy bien nuestro trabajo, ya que forma parte de nuestros deberes de estado, pero Dios no nos pide que hagamos más que lo que obediencia quiere de nosotras. Por lo tanto, no debemos tener tanto afán, tanta agitación que parece que dirigimos toda la casa. No, pues Dios quiere que seamos fieles a lo que se nos ha encomendado.

Llevamos la responsabilidad de las almas, y en nuestras vidas, debemos poner las almas en primer lugar. Recordáis que en el pasado hacíamos el cuarto voto de trabajar con toda nuestra vida para extender el reino de nuestro Señor Jesucristo en las almas. Roma consideró que este voto no estaba suficientemente definido, y por eso no se ha pronunciado desde entonces ¹²⁶. Esto no significa que no conservemos el espíritu de celo por la

salvación de las almas, que expresa este voto, y que debe llevarnos a servir a las almas con fervor o entusiasmo en cualquier empleo que tengamos.

126. Este voto fue suprimido en 1866, según las animadvertencias de Roma, la presentación de las Constituciones (cf. Textos Fundadores, pp. 282 y 334; Estudios de Archivo nº 1, pp. 32-35 y apéndice).

Todo puede estar relacionado con este propósito, pues, os pregunto, ¿nos confiarían a las niñas si no les diéramos de cenar? Podríais pronunciar los más bellos discursos, enseñarles el catecismo, y edificarlos mucho, no nos las confiarían, lo repito, si no les damos la cena o el almuerzo. Así que la cocinera, al hacer su trabajo, sirve a las almas, y podemos decir que es una de las personas más necesarias en la casa. Lo mismo ocurre con los trabajos más sencillos. Así, la que se ocupa de la ropa blanca, un ama de llaves, una ecónoma, que tienen que lidiar con asuntos temporales, deben poner todo esto al servicio de las almas, actuar siempre con celo y desear hacer el bien que estamos llamadas a hacer a las niñas.

Entre el centenar de niñas que forman nuestro internado, hay cada año, unas cincuenta chicas nuevas. Llegan a nosotras sin apenas nociones de piedad o de principios cristianos sólidos; no conocen el amor de nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Virgen, a la Iglesia. No tienen una verdadera devoción al Santísimo Sacramento, a la Pasión. ¡Cuántas carecen por completo de fe, de ideas católicas! Cuántas ignoran el arte de dominar sus pasiones para llegar a ser dueñas de sí mismas, y poder un día servir a Dios y actuar en el mundo como mujeres verdaderamente cristianas. Por lo general, después de dos o tres años, vuelven a sus familias con principios sólidos y cristianos que garantizan no solo su salvación, sino también la base de una familia cristiana.

He visto a menudo, y lo repito para vuestro consuelo, que un predicador o cualquier otra persona que trabaje en el mundo para convertir a un pecador, sin duda está haciendo una gran obra, ya que asegura la salvación de un alma. Este bien, sin embargo, no se corresponde con la educación, pues es casi imposible que un pecador convertido cuando llega a cierta edad cambie completamente sus ideas y funde una familia cristiana. Esto puede ocurrir, pero no es frecuente. Mientras que, a través de la educación, a fuerza de trabajo y sufrimiento, se puede formar en las almas esas nociones y principios que se transmitirán a toda una generación. Estáis haciendo un bien que va creciendo, desarrollándose día a día, y es un gran servicio a Dios y a la Iglesia.

Por lo tanto, os recomiendo a todas, tanto si hacéis una cosa como otra, que lo hagáis con este espíritu de fervor y celo por las almas. No prefiráis nunca una satisfacción personal, una alegría particular a ese bien general que debéis considerar como el mejor y que será vuestra gran alegría.

No quiero decir con esto que descuidéis los ejercicios de vuestra vida espiritual. No. Los necesitáis. Pero hacerlos a tal o cual hora, asistir a tal o tal Oficio es un sacrificio que a veces hay que hacer con las niñas. Siempre que los ejercicios que son la base de la vida religiosa, la oración, la recitación del Oficio, el examen general y particular, el cuidado de velar por la presencia de Dios, pasan por encima de todo, las cosas accidentales pueden sacrificarse por la salvación de las almas, para asegurar que no entre el mal en las almas de las niñas, para evitar que cualquiera de esos ángeles malignos que están a su alrededor las conduzcan al pecado. Tened esto siempre en vuestros pensamientos, considerando vuestras ocupaciones como parte de los deberes de estado, y examinad si lo cumplís como verdaderas religiosas.

Veréis, hijas mías, no importa si estáis en este o en aquel trabajo. Pero estad convencidas de que es ahí donde debéis santificaros, y no pongáis vuestra santificación en cosas imaginarias que tal vez nunca ocurran.

Algunas personas piensan que si cambiaran de trabajo o de casa serían más santas. He visto hermanas -no las que están aquí- que han estado en dos o tres casas de esta manera, y que no han encontrado en un lugar más que en otro, la maravilla de una santidad ya conseguida, que solo tienes que tomar y meter en el bolsillo.

No, hermanas, esto no se encuentra en Sedan, ni en Nîmes, ni en Lyon. La santidad es algo que se adquiere a fuerza de trabajo, dolor y esfuerzo, en el lugar donde uno está, con las contradicciones, los pequeños problemas que se tienen. Es ahí donde Dios quiere que nos santifiquemos, y a menudo los deseos son muy perjudiciales para nuestra santificación porque en sí mismos son una dificultad y una imperfección.

22 marzo 1874

La muerte de la hermana Françoise-Elisabeth y de la hermana Marie-André

Queridas hijas,

Hemos tenido un “gran predicador” esta semana, me refiero a la muerte santa, aceptada ante Dios, de nuestras dos queridas hermanas. Perseveraron hasta el último momento en actitud de aceptar sus sufrimientos con gran amor, y los ofrecieron por las mejores intenciones.

Debemos reflexionar sobre ello. Si vosotras no habéis asistido a la muerte de nuestras pobres hermanas, al menos habéis escuchado cómo sucedió, y esto debería enseñarnos a prepararnos para vivir nosotras este paso con un gran espíritu de paciencia.

Lo que más se necesita para pasar estos últimos momentos de forma santa es tener mucha paciencia, pues es un momento de dolor, una hora llena de angustia y de diversos sufrimientos. Es importante estar entonces completamente abandonado en las manos de Dios, dejándose purificar, destruir, aniquilar. Si a lo largo de nuestra vida religiosa intentáramos entrar en estas disposiciones, mantenernos bajo la mano de Dios con un espíritu de paciencia, de sumisión, de humildad, de entrega a Él para que haga con nosotras y en nosotras lo que quiera, ¡qué sencilla y qué santa sería la vida religiosa!

Las actuaciones de Dios en nosotros y hacia nosotros, en el curso de la vida, no son tan duras, tan dolorosas, tan crueles, tan destructivas como las que provocan la separación del alma y del cuerpo. Sin embargo, nos resulta difícil soportarlas. Carecemos de paciencia ante las pruebas, pequeñas o grandes, que Dios se complace en enviarnos. Fácilmente pronunciamos palabras de queja, de disgusto, de impaciencia. Nos cuesta aceptar los planes de Dios con nosotros.

Sean cuales sean estos propósitos, hermanas, Dios tiene unos especiales para cada alma. Pone a prueba a algunas con un poco de trabajo, a otras con la oración, a otras con las dificultades de la naturaleza o del carácter, a otras por la falta de talento o de capacidad, que las hace incapaces de realizar lo que otros realizan, y otros por su salud o por lo que puedan sufrir por el carácter de sus hermanas, por las contradicciones, por los juicios que creemos se hacen sobre nosotros. Sería demasiado largo enumerar los diferentes caminos en los que Dios nos coloca. Lo importante es santificarnos en el lugar, donde nos quiere.

La hermana Françoise-Élisabeth me dijo hace poco que, para ella, su enfermedad fue como un crisol en el que Dios la había puesto para santificarla. Es cierto que la vida religiosa es para nosotras también un crisol en el que Dios nos pone para purificarnos. Tenemos que dejarnos purificar. Debemos adorar los planes de Dios, entrar en ellos, abandonarnos a su voluntad.

Este *Amén* de aceptación y sumisión amorosa, debemos unirlo al *Aleluya* que encontramos en los labios de nuestras queridas hermanas moribundas que expresa tan bien la alegría de la esperanza de un alma unida a la voluntad de Dios en el sacrificio, la alegría de saber que Jesús está cerca de nosotros, que la Santísima Virgen, los ángeles y los santos, nos ven, nos acompañan. Estamos seguras de que no hay un pequeño sacrificio, ni un pequeño mérito, ni un pequeño esfuerzo, ningún pequeño trabajo, ningún pequeño despojo que Dios no recoja para recompensarlo, y al que no podamos unir esa intención que da tanto mérito a la muerte de los santos.

Os he transmitido lo mucho que la hermana Marie-André se unió hasta el último momento a las disposiciones que se le sugerían, de sufrir todo por amor y por la gloria de Dios, para alabanza de su santo nombre, por la

salvación de las almas, para que la Iglesia pueda ver el fin de la persecución, para que sus enemigos se humillen y se conviertan, para el bien y la santificación de las hermanas, para que todas tengan una vida y una muerte santas, para que las obras a las que nos dedicamos se realicen de manera santa, y para que Dios nos dé las almas que necesitamos para hacer estas obras en la tierra.

Estas intenciones que tenemos a la hora de la muerte debieran ser las de todos los días de nuestra vida. Si esto es así, ¡con qué facilidad podemos santificarnos! ¡Qué fácil es hacer el bien! ¡Cómo podemos ser de los que hacen posible en la tierra la llegada del reino de nuestro Señor Jesucristo! Y esta es nuestra vocación especial, ya que uno de los fines de nuestro Instituto es trabajar para extender el reino de Jesucristo, aumentar el número de almas que lo conozcan y lo amen, para agrandar el amor ardiente a Dios, el celo por las almas.

Tenemos que rezar sin cesar para que haya más santos en la tierra, para que Dios guíe a las órdenes religiosas, sean las que sean, al clero, al episcopado, a esa santidad que le glorificará, para que la Iglesia, que es la Esposa amada de Jesucristo de la que habla la Escritura, habiendo hecho todo el bien que podía hacer aquí abajo, victoriosa sobre sus enemigos y rica en trofeos, lleve a Dios un gran número de almas que habrá salvado y santificado, y que por toda la eternidad, serán los miembros glorificados de Jesucristo.

Pero sabéis, hermanas, que bajo un líder o jefe con la cabeza coronada de espinas, los miembros de Jesucristo -y todos somos miembros de Jesucristo- las pruebas y las espinas tienen que aparecer en sus vidas. Si queremos compartir su gloria, debemos en algún momento ser crucificados con él. Debemos aceptar con amor asemejarnos a Jesucristo, y que de la misma manera que pasó por el camino de la cruz, debemos pasar por el camino de la vida. Cuando nuestro Señor venga sobre las nubes a juzgar al mundo presentará al mundo la cruz. Los que sean identificados con este signo de salvación, los que la cruz ha purificado, santificado durante la vida, serán juzgados dignos de ser miembros del cuerpo místico de Jesucristo en el cielo y estar unidos a Él para alabarlo, honrarlo y glorificarlo por toda la eternidad.

En nuestra vocación, queridas hijas, la vida pasa de una manera u otra, pero no sin trabajo, pues es trabajar querer el bien de la Iglesia, el bien de las almas, la salvación de los niños. Muchas veces, mientras trabajamos, sufrimos. Mientras sufrimos rezamos, y con todo esto se hace la gran obra que se expresa en los salmos: *Al ir, iban llorando, llevando la semilla; al volver, vuelven llevando sus gavillas*.¹²⁷ Esta palabra recuerda a los apóstoles que iban llorando, echando su semilla, y regresaron llenos de alegría, llevando gavillas en sus manos. Las gavillas son el trabajo para la gloria de Dios, es la salvación de las almas que hemos amado, a las que nos

hemos dedicado en esta tierra y que llevamos a Jesucristo como la victoriosa
¡conquista de su cruz!

127. Salmo 125, 6.

5 de abril de 1874

La Resurrección 128

Queridas hijas,

Los días santos que acabamos de vivir llevan consigo una enseñanza silenciosa que tiene que ver con las cosas que nos hablan de los recuerdos de las grandes verdades que se han conmemorado, de las ceremonias de la Iglesia, y todo lo que le lleve al alma las dolorosas circunstancias que marcaron el final de la vida de nuestro Señor. Esta alegría que hoy llena a toda la Iglesia tiene su propia enseñanza. Esta alegría es la de la resurrección, y es la verdadera alegría, porque es eterna. Hay dos tipos de alegría en la vida de nuestro Señor y de la Santísima Virgen: una que habéis conocido, la otra que nos espera.

La primera es la alegría de la infancia de nuestro Señor Jesús. La infancia de Cristo. Primero hace gustar al alma que Él llama. Estos son los primeros fervores, estas primeras atracciones, estos primeros consuelos por los que da a conocer su visita secreta al alma, por la que le hace comprender y amar su belleza, por la que parece llevarla en brazos, como una madre lo hace con su hijo. No hay ninguna de vosotras, hermanas, quien no tenga un recuerdo dulce, profundo y entrañable de aquellas horas en las que Nuestro Señor le trató como la Santísima Virgen trató al niño Jesús, o más bien como el mismo Jesús trató a su santa Madre, cuando lo llevaba en brazos y encontraba en él toda la dulzura y la alegría de su vida.

En el otro extremo de la vida de nuestro Señor está la alegría de la resurrección, pero es necesario, queridas hijas, y esto es lo que la Iglesia nos enseña con estos misterios, que imitemos la vida de nuestro Señor Jesucristo, si queremos llegar con él a las alegrías de la resurrección. Por lo tanto, no miréis atrás, no digáis: "Esas alegrías que tuve al principio de la vida espiritual, ya no las tengo. Las alegrías del más allá, todavía no las tengo". Es que, hermanas, entre estas dos alegrías, está el tiempo de la prueba, el tiempo del sacrificio, el tiempo del sufrimiento, el tiempo de la paciencia donde tenemos que buscar a nuestro Señor con gran generosidad y seguirlo para que se convierta en la única luz de nuestra inteligencia - y creer que debemos trabajar para llegar a no tener más luz que la que viene de la fe. Que se convierta en el amor fuerte y ardiente de nuestro corazón, para que lo busquemos en todas las cosas y por él amemos a todos los hombres, aunque

encontremos sacrificios en ello. Finalmente, el tiempo en el que nuestra vida debe hacerse semejante a Jesucristo, para que, siguiéndolo en este camino de la paciencia, lleguemos a la alegría eterna que se nos promete en la fiesta de la Pascua.

128. Instrucción para el día de Pascua.

Así la Semana Santa es para nosotros el camino por el que debemos avanzar. Las alegrías, los consuelos de la infancia están detrás. Por ellos Dios nos ha atraído hacia sí. Por ellos nos sacó del mundo, nos mostró su amor. Solo nos queda una cosa de esas dulzuras, de esos consuelos, y de esas ternuras, es el espíritu de pequeñez que es el fundamento de la infancia cristiana y que debe acompañarnos siempre en el camino hacia la cruz.

Esto, queridas hijas, no debéis dejarlo pasar. Ya tengas cuarenta, cincuenta, sesenta años, este espíritu de la infancia debe permanecer siempre en el alma. Esta docilidad, esta humildad, esta obediencia, esta amable abnegación, esta ingenuidad, esta rectitud, esta sencillez son las características propias de la infancia y deben conducir al cristiano en el camino de la cruz, pero las alegrías que le acompañaron al comienzo son anteriores, como lo fueron para la Santísima Virgen durante la vida pública de nuestro Señor y en la hora de la Pasión.

Ahora, hermanas, es la hora de entregarnos, de practicar el Evangelio, para vivir esa castidad perfecta de la que habla la Regla cuando dice que *después de habernos entregado tan solemnemente a Jesucristo, no hay acción, ni palabra, ni instante de nuestra vida sobre los que no tenga derecho; que solo él debe llenar la plenitud de nuestro corazón*; esa castidad que consiste en amar solo a nuestro Señor, a seguirlo en esta vida, en este tiempo de prueba, poniendo todos nuestros afectos solo en Él.

Sabéis que la Iglesia hace corresponder la virtud de la fe con el misterio de la Resurrección, y San Pablo no dudó en decir: *"Si Jesucristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación"*¹²⁹. El misterio de hoy es un gran misterio de fe. Nos hace esperar en el futuro todas las alegrías que quisiéramos encontrar aquí abajo. Nos hace pasar por las pruebas de la vida y de la muerte, sin perder de vista ni por un momento que esto no es nada, comparado con la gloria que nos está reservada: *"nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa"*¹³⁰. Sí, hermanas, la prueba de esta vida es corta, es ligera, la tristeza de este tiempo es pasajera y pronto le seguirá una alegría sin mezcla que no tendrá fin.

Así debe ser nuestra resurrección en unión con la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Pero no seremos asociadas a su gloria, si no aceptamos marchar con él en el camino de pruebas que siguió él primero.

A menudo, sin darnos cuenta, hacemos un poco como los judíos. No reconocieron a nuestro Señor, porque estaban esperando un Mesías que

triunfaría sobre sus enemigos, un rey que establecería su imperio sobre todos los pueblos de la tierra.

129. 1 Cor 15:14.

130. 2 Cor 4:17.

También nos gustaría ver a nuestro Señor triunfar siempre en este mundo. Desearíamos ver establecido su reinado, su imperio en el universo; pero no es así: la Iglesia y cada uno de los hijos de la Iglesia pasan por tribulaciones y pruebas. Las órdenes religiosas, que también son hijas de la Iglesia, tienen sus propias tribulaciones y pruebas. ¿En qué parte de la tierra encuentras que la Iglesia tiene plena libertad de acción y se establece como debe ser?

Llevemos esto a nuestras propias vidas. Nada ocurre del todo como nos gustaría que fuera. Es algo que va mal en nuestro trabajo, en nuestras normas, en nuestro número. No todo está organizado según nuestros deseos. ¿Y por qué? Porque es a través de la prueba, a través de la contradicción y de una cierta persecución que tenemos que caminar. La Iglesia, sufre la persecución por parte de los malvados. Para nosotros, diré que tenemos que sufrir la persecución en las contradicciones, y, queridas hijas, solo, si pasamos esta persecución llegaremos a la paz eterna. Debemos desear que nuestro Señor reine en los corazones aquí abajo; pero no podemos esperar que su reinado sea perfecto y absoluto en este mundo. Eso está reservado a la eternidad. Hay que sufrir en este mundo antes de llegar a la eternidad.

La alegría del alma se eleva por encima de estas contradicciones, por encima de estas pruebas por encima de estos juicios, por encima de estos pequeños asuntos donde podemos encontrar motivos para criticar y quejarse. La alegría del alma reside en la esperanza que acompaña y guía al amor. Se instala en la paz del corazón donde se empieza a disfrutar en Jesucristo resucitado de ese reino eterno donde un día lo veremos glorioso. Esta es la meta que esperamos, respecto a la que no debemos ser impacientes, pues si permanecemos más años en esta tierra, podremos tener una resurrección más hermosa y traer a muchas almas a disfrutar de esta resurrección con nosotros, después de enseñarles a llevar la cruz en este mundo.

Tal vez habéis observado las palabras de San Agustín que hemos recitado en el Oficio estos últimos días: "*Quiera Dios -dijo- que muchas almas se formen con nosotros, para que se salven con nosotros*". Y añade: "*Dios deja a los malvados en la tierra o bien para que se corrijan o bien para que, por ellos, los buenos se ejerciten*"¹³¹. Intentemos, queridas hijas, cumplir con la tarea que se nos ha encomendado: ganemos muchas almas para Jesucristo, para que con nosotras puedan disfrutar eternamente de Jesucristo victorioso y resucitado, que ya en este mundo nos hace gustar elementos de la resurrección y de la gloria, en la que nos nutre y que es como

la semilla de la futura resurrección, depositada en nosotros por la santa comunión.

131. Sobre el Salmo 54, lectura de Maitines del Jueves Santo.

19 de abril de 1874

La Humildad

Queridas hijas,

En este momento estamos leyendo el capítulo de la humildad y de la humildad en los empleos. Una excelente manera de practicarla es actuar con el único motivo de agradar a Dios, de tener a Dios como único objetivo, buscar solo la mirada de Dios y evitar el amor propio, la búsqueda de uno mismo que, por desgracia, toda criatura lo llevamos como consecuencia del pecado original, y que es la característica más señalada de los tiempos en los que vivimos.

En todas las clases de la sociedad, hombres y mujeres, cada uno tiene su propia personalidad¹³² y quiere hacerla valer. Y, si volvéis a vuestra vida y examináis qué imperfecciones podéis encontrar en vosotras mismas, lo que se observa, cualquiera que sea vuestro trabajo como hermanas de coro o de hermanas coadjutoras, veréis que siempre es la personalidad la que ha querido presentarse o manifestarse. Cuando a uno le repugna un trabajo, es porque la personalidad no encontró su lugar y su satisfacción. ¡Por desgracia! Es ella que nos proporciona las satisfacciones y los descontentos.

Para hacer bien un trabajo, para santificarse en él, para merecer que Dios nos diga un día: *Muy bien, empleado fiel y cumplidor, has sido fiel en lo poco*, porque has sabido aprovechar los dos, tres, cinco talentos que te confié, *pasa al banquete de tu Señor* ¹³³ Es necesario que todos los trabajos se hagan por Dios, bajo su mirada, con la única intención de agradarle, de darle gloria, por su servicio, practicando la virtud, buscando el amor de Dios y el bien del prójimo, sin buscar nada de lo que lo nos parece más legítimo, como nuestra propia satisfacción, nuestro consuelo, que siempre es una mala señal en cuanto a la perfección.

El Padre d'Alzon tenía un director que también tenía yo, y cuando el Padre Combalot me envió a hacer un retiro con los dominicos, el Padre Vernières siempre decía: "El *yo* y el *mí* son el silbido de la serpiente; cuando el *yo* y el *mí* están en diálogo, la imperfección está ahí, todos los razonamientos giran en torno al *mí*. Empezad por quitar el "*yo*" y el "*mí*", y conseguiréis ponerlos en orden con relación a Dios y al prójimo.

132. "Personalidad": palabra utilizada en sentido peyorativo en el siglo XIX. Se utiliza varias veces en este capítulo.

133. Mt 25:23.

Hoy, incluso más que en cualquier otra época, el *yo*" y el " *mí* aparecen en todo: en las conversaciones, en escritos, en discursos, en las palabras, en los libros.

Para nosotros, que somos lo contrario del mundo, y que debemos ser una reparación ofrecida a Dios por el mundo, eliminemos en lo posible el *yo*" y el " *mí*, ¡que desaparezca toda la personalidad! Esto es una gran cosa, pero no es fácil.

He conocido hombres que han servido a Dios durante mucho tiempo. Llevaban una vida santa y, no obstante, se podía apreciar su personalidad: era grande, visible, y salía por cada poro, si es posible expresarnos así, como esas malas hierbas que brotan en primavera sin que se note. Si estos personajes, revestidos de altas dignidades, hubieran advertido que su personalidad se notaba tanto, habrían tratado de ocultarla. Tengo una opinión bastante alta de su virtud como para creer que habrían utilizado todos sus esfuerzos para eliminarla. Pero no lo vieron: Estamos ciegos en este aspecto. Por eso debemos pedir a Dios que nos ilumine a través de la humildad; entonces la ausencia de nosotros mismos nos envolverá como un manto, y ya no advertiremos la personalidad en nosotros.

26 de abril de 1874

La fiesta del patronato de san José

Queridas hijas,

Hoy celebramos el patronato de San José, que fue declarado hace unos años por el Papa el primer patrón y protector de la Iglesia universal¹³⁴, y convierte a esta fiesta en una de las más importantes de la Iglesia.

Para nosotras, hijas de la Iglesia, tenemos que celebrarla con gran devoción y rezar de manera especial por el Papa, por toda la Iglesia. Este es uno de nuestros primeros deberes y no necesito recordaros que, en todas vuestras devociones, comuniones, en vuestras oraciones, en vuestra relación con el Señor, debéis presentarle todo lo que concierne a los intereses de la Iglesia. Tenemos que vivir por ella. Por ella hay que ofrecer la vida, especialmente en nuestros días cuando todos los esfuerzos del infierno intentan destruirla.

No se pueden abrir los periódicos¹³⁵ de varios países sin ver que la Iglesia está perseguida. Es perseguida en aquellas regiones lejanas donde todavía encontramos mártires.

134. 8 de diciembre de 1870.

135. “Les feuilles publiques”

En Sudamérica, en los países que España convirtió profundamente al catolicismo. También sucede en Alemania, en Suiza. En cierta medida y de forma hipócrita en Italia, y en Francia nos vemos amenazados diariamente por una persecución radical.

Sabéis lo que le dijo uno de los deportados de Caledonia al misionero: “*Aborrecemos vuestra religión*” *Sólo pensamos en una cosa, en destruirla.* Finalmente, en todas partes la Iglesia es objeto de odio. Parece que se está preparando el reinado del Anticristo.

Todos los que han nacido de Dios, todos los que han recibido vida y fuerza por los sacramentos de la Iglesia, todos aquellos que, como nosotros, han recibido todas las gracias posibles, deben tener como primera devoción rezar por esta Iglesia de Dios, que es todo lo que Dios ama en la tierra. San Anselmo dijo que Dios no ama nada tanto como la libertad de su Iglesia. En efecto, es el cuerpo de Jesucristo aquí en la tierra, la Esposa de Dios, todo su amor en la tierra.

Cuando rezamos, Dios quiere que le pidamos cosas que le son queridas, para concedérmolas. Por eso nuestro Señor nos hace decir en el Padrenuestro: *Hágase tu voluntad.* Ciertamente, siempre se hace la voluntad de Dios, pero con esta petición conseguimos que se haga perfectamente en la tierra, unimos nuestros corazones y nuestras voluntades a todas las voluntades divinas.

En cuanto a San José, que es el tema de la fiesta de hoy, solamente os señalaré dos o tres cosas en las que debemos esforzarnos para imitarle: su sencillez, su obediencia y especialmente la plenitud de su amor. Sólo amaba a Jesús y a María, para él todo eran Jesús y María. Jesús y María era toda su vida, todo su amor, toda su conversación, todo su cuidado. Este es nuestro modelo.

No hay nada extraordinario en la vida de San José. Simplemente hace lo que Dios le ordena. Observa sencillamente la ley de Dios, se convierte en el más grande de los santos después de la Santísima Virgen, porque sólo tiene en cuenta a Jesús y a María y vive sólo para ellos. Cuando, como cabeza de la Sagrada Familia, tiene que mandarles no sigue su propia voluntad sino la de Dios, cumpliéndola sencillamente, absolutamente, sin un *porqué*, sin un *sí*, sin un *pero*, ni *sí* ni *no*.

Así podemos ser todos nosotros: hacer siempre lo que Dios quiere, como Él quiere, y porque Él lo quiere; cumpliendo al pie de la letra todos sus deseos, caminando recta y sencillamente ante Dios, viviendo solo para Jesús

y María y encontrando en ello el principio de nuestra vida, nuestro fin, nuestro descanso, la razón de nuestras más pequeñas y más grandes acciones.

Y en esta sencillez que excluye todo razonamiento, todas las objeciones, consiste nuestra obediencia absoluta que, en cuanto descubre la voluntad de Dios conocida o manifestada, se pone en marcha para cumplirla. A esto se refieren las palabras de los salmos: *En cuanto oyó mi voz, obedeció* 136.

Podría decirse que ese era el lema de San José: en medio de la noche se levanta sin objeción, sin queja, para hacer la voluntad de Dios. Por lo mismo una religiosa totalmente obediente no deja un espacio entre la llamada de Dios y la práctica, entre la orden y el cumplimiento. No hace ningún comentario ni contesta.

San José ya era así antes de que se le entregara la Santísima Virgen. El Evangelio nos dice que era un hombre recto y justo, piadoso, obediente. Por eso Dios lo eligió para ser el esposo de la Santísima Virgen, y esto ha sido su gran recompensa y también su gran santificación.

Para nosotros, desde nuestra infancia, desde nuestros primeros años, Jesús y María nos fueron entregados. Busquemos en ellos todo nuestro amor, toda nuestra vida, todo nuestro coloquio. Que sean ellos nuestra principal devoción, y entonces todos los otros puntos de vista, toda búsqueda de nosotros mismos desaparecerá.

Esta es la buena devoción que debemos tener hacia San José. Ciertamente, ya que era el proveedor de la Sagrada Familia podemos pedirle cualquier cosa que necesitemos; pero esa es una intención secundaria. Pongamos nuestra verdadera devoción en imitar su fidelidad a la ley, su prontitud en la obediencia, la sencillez de su amor, y entonces nos mirará como almas que le honran como Él desea ser honrado.

136. Sal 17:45.

3 de mayo de 1874

Trabajar por la perfección

Queridas hijas,

En todos los retiros que hacéis, en todos los libros que leéis, siempre que se trata de la santificación, lo primero que se comprueba es el sentimiento que se tiene de la perfección del amor.

Sabéis que el estado religioso es un estado de perfección, que el objetivo principal de nuestra vida es lograr la perfección del amor. No insisto

en esto. Es una verdad que todas conocéis, de la que se os ha hablado a menudo y se os volverá a hablar. Pero como conclusión es una buena idea plantear estas dos preguntas. La primera es esta: ¿trabajo por mi perfección? La segunda: ¿cómo trabajo? Me parece que, si esta cuestión fuera tan habitual, tan presente como debería, confirmaría la definición de los teólogos de nuestro estado: estado en el que trabajamos por nuestra perfección, en el que tenemos como meta la perfección del amor, tendemos a una unión con Dios perfecta y plena, y el estado en el que uno está obligado a ser perfecto, ya que nuestro Señor dijo: *Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres... luego ven, sígueme* ¹³⁷ - sí, digo yo, estas fueran nuestras ideas habituales, juzgaríamos muchas cosas desde otro punto de vista.

Por eso debemos decírnos a menudo: "La meta, el fundamento de mi vida, es la perfección del amor. Esta es la principal razón que me ha llevado al estado religioso". Si San Pablo dijo a los primeros cristianos: "*La voluntad de Dios es vuestra santificación*" ¹³⁸, podemos afirmar que, para una religiosa, la voluntad de Dios es que trabaje en su perfección.

Pero a esta verdad corresponde otra, que nunca debe separarse de la primera. Veréis, todas somos pecadoras; todos pecamos en Adán. Ya lo sabéis. No necesito insistir en eso. Es tan claro como el hecho de que un día moriremos. Esto hace que sea imposible trabajar en nuestra perfección si no es por la mortificación diaria de la vida.

Es necesario mortificar las inclinaciones naturales y malas que nos vienen de Adán, para revestirnos de las inclinaciones santas y perfectas que la gracia nos comunica y que nos vienen de nuestro Señor Jesucristo. Para revestirnos del hombre nuevo, creado en justicia y santidad, debemos despojarnos del hombre viejo. Esta es una de las verdades fundamentales que arrojan luz sobre toda la vida.

Os invito a observar si vuestra vida diaria es una muerte constante a la naturaleza, a sus inclinaciones, a sus propios movimientos; una muerte a los deseos de la carne - pues no hay que olvidar que siempre la llevamos con nosotros - una muerte a los deseos del espíritu, del amor propio, de los afectos demasiado naturales del corazón; examina si llevas dentro de ti la mortificación de nuestro Señor Jesucristo, *para que también la vida de Jesús se transparente en nuestra carne mortal* ¹³⁹. Este es el camino hacia la perfección.

No le busques tres pies al gato, no te empeñes en cosas que no tienen sentido. Soñamos con razones muy hermosas, muy productivas, muy importantes, pero por desgracia, en ellas no se encuentra la perfección. Os pregunto si estas buenas personas que han pasado su vida cuidando sus rebaños y que han llegado por la oración, que es el medio, y por el amor a Dios, que es el fin (pero que siempre debemos trabajar para desarrollar en el

alma), a someter la naturaleza a la gracia, a odiar y a despreciar esta naturaleza viciada, como nos enseña el Evangelio, a vivir enteramente por la

137. Mt 19:21.

138. Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra. 1 Tesalonicenses 4:3.

gracia, a imitación de nuestro Señor Jesucristo; os pregunto que me digáis si estas buenas personas, guardando los rebaños en sus pueblos,- como Saint Germaine, que ciertamente no había leído muchos tratados espirituales, ni tuvo muchos directores, - no han llegado a ser santos, a adquirir la verdadera perfección que consiste en el conocimiento de Dios, en la unión con Dios, que es todo lo que podemos desear, todo a lo que podemos aspirar.

Me he dado cuenta, con frecuencia, que entre los franciscanos hay muchos hermanos legos canonizados. Sin embargo, en esta Orden los hermanos legos viven muy humildemente, sumisos, pobres, empleados en los trabajos más rudos que uno pueda imaginarse. Van de puerta en puerta, de pueblo en pueblo, y en medio de estas ocupaciones alcanzan la perfección. He visto, entre otras cosas, en Roma el cuerpo de uno de estos frailes capuchinos, muerto desde hace unos doscientos años, que parece que está dormido, hermoso y lozano. No recuerdo su nombre, pero celebramos su fiesta.

Estos religiosos llegaron a la santidad simplemente porque sacrificaron la naturaleza a la gracia, porque hicieron que la gracia viviera en ellos a través de la mortificación, porque eran hombres de oración y de mortificación. Este doble espíritu, según algunos teólogos, que Eliseo pidió a Elías ¹⁴⁰. Esta es una gran cuestión entre los santos Padres, en sus disertaciones sobre la Escrituras, para saber qué es este doble espíritu. ¿Es el espíritu de profecía? ¿Es el don de hacer milagros? Pero la opinión de los santos es más bien un espíritu de oración y mortificación. Así que es suficiente, y si tenemos este doble espíritu, podemos llegar al cielo sin profetizar, ni hacer milagros. Sabéis, hermanas, que rechazo con todas mis fuerzas mortificaciones extraordinarias.

No permito disciplinas frecuentes, ayunos, supresión de alimentos (no me refiero a esas pequeñas privaciones que uno puede imponerse en las comidas), cualquier cosa que se salga de la manera de vivir común y general. Esto no es lo que el Señor nos pide, y esto puede muy bien estar asociado a una gran falta de mortificación interior. La verdadera mortificación es la que nos hace comer cada día lo que se nos presenta, nos guste o no, y que nos ayuda a soportar lo que es contrario a nuestros sentimientos naturales. La vida en común, la vida de regla, esta mortificación de cada día, de cada

momento que nos hace indiferentes a las cosas del mundo, nos separa de ellas, nos impide detenernos en lo que nos gusta y nos hace aceptar lo que nos disgusta, no destruye en absoluto la salud.

139. 2 Cor 4:11.

140 Cf. 2 Reyes 2:9.

Es totalmente agradable, totalmente graciosa, totalmente fácil. Es esta mortificación la que nuestro Señor mismo enseñaba Santa Catalina de Génova. Ella nunca mató a nadie, pero mata la naturaleza humana de la manera más completa.

No hay razón para hacerse ilusiones. A veces se dice: "Si pudiera darme cien golpes de disciplina... levantarme a medianoche... privarme de la comida de la mañana, estaría bien". No lo creáis, hijas. Conozco a personas que lo han hecho y que no eran almas de oración. Por el contrario, la mortificación habitual, que nos hace renunciar a todo y nos desprende de nosotras mismas, tiene como fruto la unión con Dios y fin necesario.

Creo, por lo tanto, que sería bueno mirar a menudo en nuestras oraciones cuál es el objetivo de nuestra vida y hacernos esta pregunta como San Bernardo: ¿Por qué has venido aquí? Has venido aquí a trabajar por tu perfección, a amar a Dios sobre todas las cosas, a adquirir el mayor amor posible.

Como en el amor de Dios hay infinitos grados, nunca os encontréis satisfechos en el que estáis, sino que, al encontrarlo pequeño y débil, tomad alas para subir a un grado superior. Enciende tu corazón, como Santa Teresa, con frecuentes actos de amor a Dios. Deja que la caridad te desprenda de todo lo que te es querido, para que ames a Dios sobre todas las cosas, ardientemente, perfectamente, para adquirir una gran similitud con nuestro Señor Jesucristo.

Pero esto solo puede hacerse en la medida en que te dejes a ti misma para unirte a Jesucristo. Ya ves que, como dice Santa Teresa, la humildad y la mortificación son de todos los grados del amor. Debemos hacer de ello nuestro pan de cada día. Si lo haces, podrás obtener muchas gracias. Tendrás una gran alegría, porque la verdadera alegría consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y amarlo con el amor que a él mismo le gusta poner en nuestros corazones. Esta es la verdadera alegría, la alegría de las alegrías que el mundo no conoce porque no sabe amar a Dios y solo aspira a ser salvado. Esto es ciertamente importante, pero para nosotras religiosas, no es suficiente. Debemos esforzarnos por la perfección del amor. Debemos aspirar a amar a Dios perfectamente, a imitar totalmente a nuestro Señor Jesucristo cada día, en cada momento de nuestra vida, para salir de nosotras miasmas y elevarnos por encima de todas las preocupaciones, de todas las

penas, con este ardiente deseo de la perfección del amor con el que cumpliremos nuestros deberes y las ocupaciones de la vida.

7 de junio de 1874

La confianza en Dios

Queridas hijas,

Durante este último viaje ¹⁴¹ tuve muchas ideas y me gustaría comunicáoslas

Lo que considero más importante al visitar las casas es estar totalmente convencida en la práctica (pues en el fondo todos estamos convencidos) de que todas nuestras obras son obras de Dios, y por consecuencia debemos hacerlas, no como si fuéramos nosotros los que las hacemos sino como si fuera el propio Dios quien las hiciera, con gran confianza en aquel que las hace.

Podemos ver en todas partes cómo Dios se ocupa de las cosas en los lugares donde se le confían más. Donde buscan su gloria, su honor y la perfección religiosa, Dios se ocupa del resto. Si no envía más que lo necesario, al menos siempre da lo estrictamente lo imprescindible en todo tipo de cosas y en todos los órdenes; ya sea en el orden temporal, en el espiritual o en el comunitario no permite que falte nada.

Por lo tanto, debemos capacitarnos e instarnos a hacer todo en unión con nuestro Señor, bajo su acción, para hacer bien lo que lo que quiere de nosotros, en el lugar en el que estamos, y rechazar cualquier otro cuidado.

Esta palabra "cuidado" me recuerda, sin embargo, las palabras de San Pablo: *Si es el que exhorta, a exhortar* ¹⁴². Los que son los responsables, un superior, por ejemplo, ¿deben tener solicitud? Sí, yo diría que una solicitud continua. Su mirada debe extenderse a todo lo que se hace en la casa, a todo tipo de cosas por dentro y por fuera, al servicio de Dios, a las ceremonias de la capilla y al Oficio, al servicio de las almas, al cuidado y al servicio de la inteligencia, a la supervisión del internado, a la enseñanza de los niños, incluso al servicio material de la casa, para que reinen la economía y la buena administración.

Pero os ruego que tengáis en cuenta que hay dos tipos de preocupación: una es un cuidado constante, una preocupación continua, pero pacífica ante Dios, y esta es buena. La otra es una preocupación inquieta, agitada, y ésta, no deben percibirla los hijos de Dios. Debemos hacer todo lo que nos proponemos con sosiego, con paz, en dependencia de Dios. Cuidemos nuestros trabajos por el Maestro a quien servimos, pero

recordemos que solo somos trabajadores de su viña. Él es el viñador. Hagamos lo que podamos, lo que Dios quiera con gran desvelo, y él hará el resto.

141. Londres y Richmond, mayo de 1874.

142. Rom 12:8.

Si esto se vive cara a las superiores, solo tendremos que vivirlo en nuestros empleos. Que la directora del internado, la ecónoma, la maestra de clase, la profesora, la encargada de la ropa, la dispensera, haga bien lo que hace, y no aumenta más sus preocupaciones, sus inquietudes. Ella no es la encargada. Que haga todo pensando solo en Dios, solo para Él, para complacerle, y así mantendrá la paz y la tranquilidad del alma.

Esta recomendación es tan elemental que parece innecesario hacerla, y, sin embargo, creo que es muy útil. Si rechazáramos toda inquietud, si sirviéramos a Dios con cuidado y vigilancia, pero al mismo tiempo con gran libertad de espíritu, apoyándonos en nuestro Señor, poniendo toda nuestra confianza en él, haríamos mejor nuestra oración, estaríamos más en la presencia de Dios. Sintiendo siempre la necesidad de su ayuda y protección, esperaríamos todo de su Providencia, haríamos todas las cosas en unión con él, y finalmente seríamos más amables los unos con los otros.

Todos los pequeños problemas, todos los pequeños deseos, todas las pequeñas angustias, todas las pequeñas ansiedades desaparecerían con esa gran confianza, esa gran unión, esa gran fidelidad a Dios. Sería, pues, cortar lo que es fuente de muchas dificultades en la vida común. Nuestro empleo dejaría de ser una carga para los que no tienen ese cargo. ¡Cuánto mejor iría si lo hiciéramos así!

La segunda cosa que quiero recomendaros es la economía de palabras. Me parece que, de todas las economías, esta es la más necesaria en una casa: cuanto menos hablemos, excepto en el recreo, mejor. Os exhorto a examinar, a los pies del Santísimo, la mayor o menor cantidad de palabras inútiles que decís cada día en relación con vuestro empleo. Buscad qué podéis hacer para eliminarlas, y entonces veréis cómo os convertiréis en personas sencillas, tranquilas; cómo en la comunidad, todo estará bien ordenado, organizado, sereno.

Finalmente, de todo esto debemos extraer el motivo de una gran acción de gracias a nuestro Señor, que es tan bueno con nosotros, siempre dispuesto a ayudarnos, que quisiera colocarnos en un estado de paz, unidos a él si no pudiéramos nuestras imperfecciones entre Él y nosotros. Todas las dificultades que tenemos en este mundo no vienen de nuestro Señor, sino de nuestra naturaleza, del mal que hay en nosotros, de las tentaciones, las imperfecciones de los demás o de las propias. Debemos soportar estas cosas

con paciencia y esforzarnos en disminuirlas, manteniéndonos en unión con nuestro Señor, en el orden y dependencia de nuestro Señor, en silencio con él.

Entonces, queridas hijas, encontraremos esa paz que tanto ha prometido, anunciado y ofrecido a los hombres. *Pax vobis. Os dejo mi paz, os doy mi paz*¹⁴³. *Paz en la tierra a las personas que ama*¹⁴⁴. Encontraremos la paz en todas partes, pero especialmente en la oración, mediante esta fidelidad, esta unión íntima y generosa que, contando con él, hará que nunca nos preocupemos por nada que tengamos que hacer o sufrir por su disposición.

143. Jn 14:27.

144. Lc 2,14.

14 de junio de 1874

Estudiar el santo Evangelio

Queridas hijas,

Comenzamos una larga temporada del año que no tiene fiestas especiales. Ciertamente nos encontraremos con las fiestas de la Santísima Virgen y de los santos, pero ninguna gran fiesta de nuestro Señor. A través de los Evangelios dominicales, la Iglesia nos invita a seguir la vida pública de nuestro Señor y escuchar las enseñanzas que dio a los hombres durante los tres años de su ministerio. Por tanto, esta parte del año debe considerarse como especialmente dedicada al estudio del Santo Evangelio.

Efectivamente, estudiamos el Evangelio, cuando seguimos los distintos misterios de nuestro Señor: la Encarnación, el Nacimiento, la Pasión, y finalmente la Resurrección y los demás misterios gloriosos que acabamos de celebrar. Pero, en los Evangelios de los domingos siguientes a Pentecostés, la Iglesia pone ante nuestros ojos una serie de parábolas que son como tantas otras enseñanzas evangélicas, y así captar el espíritu del Evangelio. Es muy importante entrar en ellas porque, veréis, hermanas, podéis estudiar durante toda la vida, un montón de hechos piadosos y aun así no tener el espíritu del Evangelio. Lo más importante, por tanto, es impregnarse de una forma de juzgar, de hacer, de sentir, de querer, conforme con nuestro Señor Jesucristo y que tenga relación con lo que hizo, lo que sintió y lo que quiso durante su vida mortal, o con lo que sería, haría, sentiría o querría, si estuviera en nuestro lugar.

Esto es lo que yo llamo adquirir el espíritu Evangélico, es decir, que el Evangelio se convierta en la regla y la ley de nuestros juicios, nuestros pensamientos y sentimientos hacia Dios, las criaturas, nuestras hermanas, los

niños, frente a los sufrimientos, a las humillaciones, a la obediencia, cara a nuestros empleos y a los diversos acontecimientos de esta vida, que debemos juzgar siempre a la luz del Evangelio, preguntándonos qué haría o diría nuestro Señor en nuestro lugar.

Me diréis: "¡Esto es la perfección!", pero nosotras tendemos a alcanzar la perfección, y os recomiendo por encima de todo el estudio práctico del Evangelio, pero nos encontramos muchas ilusiones sobre esto. Tenemos muchas ideas sobre la perfección. San Francisco de Sales dice que la perfección es una estatua de un ídolo como la que Mical puso en la cama de David ¹⁴⁵. En efecto, cada una tiene su idea sobre perfección y la busca a su manera. No nos damos cuenta. Sin embargo, esto es obvio para los otros, y los que viven con nosotros comentan: "¡Qué pena que tenga esa idea sobre su perfección! Si la buscamos de verdad, dejemos que el santo Evangelio nos empape del espíritu de nuestro Señor Jesucristo. Para ello debemos realizar dos estudios. Examina primero lo poco que hay del yo en todo lo que viene del Evangelio, y piensa en el grado de desprendimiento de uno mismo bajo todas las formas, en todos los tiempos que el espíritu del Evangelio exige: desprendimiento de uno mismo de su amor propio, en su voluntad propia. Desprendimiento de las propias formas de ver, de los propios juicios. Desprendimiento en lo que uno cree que es correcto.

A menudo nos planteamos por la cuestión de la justicia; pero solo deberíamos verla en relación con los otros. Si la evocamos para reclamar algo para nosotros, es un despropósito. Esto no es lo que nuestro Señor nos enseñó a pedir. En ninguna parte del Evangelio se ve que tengamos que pedir ser tratados con justicia. Por el contrario, nuestro Señor nos dice: "*Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: no somos más que unos pobres criados, hemos hecho lo que teníamos que hacer*" ¹⁴⁶.

La segunda cosa que debemos estudiar en el Evangelio con respecto a nosotros es el grado de adoración a Dios, de pureza de intención hacia Dios, para que todas las cosas que hacemos estén relacionadas con esta adoración en espíritu y en verdad. Nuestro Señor vino a la tierra", dice un santo, "para derribar todos los ídolos que el corazón del hombre se había creado y para destruir todos nuestros errores. Como él mismo dijo a la mujer samaritana: He venido a abolir todo lo externo y carnal, y a preparar para mi Padre *adoradores en espíritu y en verdad*. ¹⁴⁷

Esta adoración en espíritu y en verdad puede ejercerse en todas las cosas que te acabo de hablar. De la perfecta sumisión a la voluntad de Dios, de la adoración total a la voluntad de Dios es de donde salen todas las cosas buenas. Por lo tanto, el espíritu de adoración permite que aceptemos todas las situaciones que sobrevienen en la vida y podamos aprovecharlas. Con respecto a todas las disposiciones de la Providencia hacia nosotros decimos: *Gloria a Dios en las alturas* ¹⁴⁸, para alabar a Dios, glorificarlo, amarlo, bendecirlo y hacer nuestros todos los sentimientos de este himno angelical.

La pureza de intención nos hace ver a Dios como el fin supremo de nuestra vida, y que relacionemos todas nuestras acciones con Él para adorarle, glorificarle y servirle.

145. 1 S 19, 13.

146. Lc 17:10.

147. Jn 4:23.

148. Gloria in excelsis. Lc 2, 14

Entonces queda ya poco espacio para nuestras satisfacciones personales, para detenernos en esto o aquello: solo tenemos en cuenta a Dios. Todos nuestros problemas, todas nuestras penas, todas nuestras dificultades vienen del hecho de que yo, como vosotras y todos, en cuanto que somos, relacionamos cualquier cosa con nosotros mismos, y nos sentimos apenados porque algo está mal en nosotros.

Me diréis: "¡Pero Dios no nos pide no sentir esos diversos movimientos de la naturaleza! Es cierto, pero quiere que, con un gran amor a nuestro Señor y con un espíritu de adoración, generosidad y abnegación, seamos capaces de referir todo a él, hasta el punto de sacrificar nuestras propias vidas por él, es decir, lo que más apreciamos, al igual que Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac en el Monte Moriah ¹⁴⁹.

Si se estudiara el Evangelio de esta manera, produciría en el alma grandes frutos interiores, profundos, santos, purificaría el alma, la simplificaría, disponiéndola para alabar a Dios, adorarlo, bendecirlo. Y Dios debe encontrar almas en la tierra que siempre digan: *¡Gloria a Dios, te alabamos, oh, Dios, te bendecimos, ¡te damos gracias!* ya que hay muchos otros que dicen: "¿Por qué las cosas son así? Si fueran de otra manera... si pudiera ser así...", y miles de objeciones que escuchamos e incluso expresamos a veces.

Como hijas de la Asunción, volvamos a ese hermoso *Gloria a Dios*. Seamos almas de *buena voluntad* a las que Dios promete *su paz en la tierra*, almas que convierten todo en alabanza, amor, adoración, acción de gracias.

Lo que nos separa de Dios no son los años, sino nuestras imperfecciones; porque si dejamos este mundo con imperfecciones, ¿cuántos años estaremos sin ver a Dios? En el purgatorio no estaremos mejor que en la tierra, incluso mucho peor, dicen los santos. Si, por el contrario, estamos unidos a Dios aquí por el amor y la voluntad, si ya somos ángeles adoradores en este mundo, aunque nuestra vida dure un poco más, seguramente nos llevará al trono de Dios para adorarlo, amarlo y bendecirlo, para estar unidos a él y hacer su voluntad para siempre.

149. Gen 22.

21 de junio de 1874

No hablar de uno mismo ni bien ni mal

Queridas hijas,

Me gustaría llamar vuestra atención sobre una práctica de perfección que todo el mundo puede adoptar y que indica que ya estamos trabajando sobre nosotros mismos: hablar poco o nada de uno mismo. San Francisco de Sales insiste en este punto. Dice: *O se habla bien de uno mismo, y es una presunción; o se habla mal, y es una ostentación, un egoísmo y una humildad más aparente que real.* En general, cuanto más se elimine el "yo" y el "mí" de nuestras palabras, más perfección hay en el alma.

Desde el punto de vista de la amabilidad, este es el camino más corto para alcanzarla. A veces nos preguntamos cuáles son las conversaciones molestas. Son aquellas en las que se habla de uno mismo, en las que se cuenta lo que has hecho, lo que has dicho, lo que has pensado, las cosas que has logrado. No es muy interesante para los otros, y hay que evitar ser pesado, al igual que se evitan otros defectos externos: la suciedad, el desaseo, el desorden. Pero este es un pequeño comentario, y no es el motivo por el que debes actuar. La gran recomendación que debes tener en cuenta para evitar hablar de uno mismo es ver hasta qué punto este hábito mantiene y desarrolla el amor propio. 150

Habréis notado que, en los retiros, después de haber recordado los grandes principios: que somos de Dios, que todo lo que hacemos debe estar relacionado con Dios, que debemos servir a Dios en todas las cosas, en medio del retiro, después de habernos presentado todas las virtudes que hay que practicar, debemos preguntarnos cuál es el obstáculo que encontramos en nosotros. Debemos decirnos u oírnos decir que, en el fondo, básicamente, el principal obstáculo es el amor propio.

Y nada contribuye más a la muerte del amor propio que no hablar de uno mismo o hablar muy poco, eliminar: "Yo digo esto. Yo hago esto, yo he hecho tal o cual cosa", porque todo esto desarrolla el amor propio. Si cuidas un poco tus palabras, pronto sentirás la disposición para decir "teníamos razón, habíamos planeado bien, sabíamos esto, evitamos lo otro", en fin, que todas las cosas bonitas que hemos hecho, expresadas o pensadas, y en las que creemos haber demostrado una gran sagacidad y prudencia.

Este es, en efecto, el gran tema de conversación entre las personas del mundo. Para vosotras, hermanas, si realmente queréis avanzar, si queréis llegar a ser santas, emplead esta práctica que os indico. En general no somos fuertes, no podemos hacer grandes austeridades, no tenemos a menudo la oportunidad de hacer grandes actos de abnegación. Pero está al alcance de todos no hablar de uno mismo, y no estaremos más o menos enfermos,

cuando hayamos eliminado el *yo* y el *mí* y la historia de lo que ese *yo* y ese *mí*, ha hecho, ha dicho, ha pensado de su sagacidad, su prudencia, sus luces

En cuanto a las personas que hablan mal de ellas mismas en lugar de no hacerlo, resulta un tanto extraño. Y, sin embargo, hay algunas que tienen una necesidad tan grande de hablar de sí mismas que prefieren hablar mal de que no hablar.

150 "Personalidad": palabra utilizada en sentido peyorativo en el siglo XIX. San Francisco de Sales es de la opinión de que se pueden cometer imperfecciones hablando mal de uno mismo y no estima ni aconseja este tipo de humildad. Cree que es preferible el silencio.

Esto no significa que en una circunstancia fortuita no se pueda equivocar. Al contrario, es muy edificante. Me viene a la memoria una de nuestras hermanas, y puedo hablar de ella con más libertad al no estar aquí. Cuando se le preguntó por qué tal o cual cosa no se hizo como debía, su primera palabra fue acusarse a sí misma, decir: "Soy una persona torpe. Lo hago todo mal". Y, repito, esto es muy edificante, porque es sincero. No es uno de esos largos discursos en los que se insiste en las miserias, diciendo: "Soy un miserable", y en realidad no es más que el amor propio oculto.

En definitiva, siempre es más perfecto no hablar de uno mismo, pero esto es tan inusual que os doy el ejemplo de esta hermana. Estoy lejos de pensar, que sea la única. Si tuviera que buscar, encontraría a otras que rara vez hablan de sí mismas y nunca en términos de elogio, que evitan contar algo donde ellas aparecen, pero creo que todas deben hacer un trabajo, un progreso, un esfuerzo, sobre el que podrían examinarse cada día de la vida. Nos damos cuenta de que la plenitud del ser se traduce en palabras, y que, al destruir este tipo de necesidad de girar sobre uno mismo, se incrementa el espacio de Dios. Cada vez que eliminamos el *yo* le damos cabida a Dios.

Ciertamente, el desprendimiento de las criaturas amplía la capacidad de nuestra alma para poseer a Dios; pero, de todas las criaturas, la que más permanece con nosotros somos nosotros mismos. Bossuet lo expresa magníficamente en su sermón a Mme de la Vallière.¹⁵¹ Después de grandes sacrificios, dice, después de haber dejado todo, reincidimos sobre nosotras mismas y la gran obra de la perfección religiosa consiste en despojarse de uno mismo.

Desde hace mucho tiempo, hermanas, estamos trabajando para adquirir la perfección religiosa. Busquemos hasta qué punto nos hemos despojado de nosotras mismas. Podemos saberlo mediante un examen sincero, dándonos cuenta hasta qué punto tenemos necesidad de hablar de nosotras mismas y, cuando lo hacemos, en qué medida nos abandonamos absolutamente, sin ninguna inquietud, sin ninguna solicitud, la estima que nos tendrán, lo que pensarán de nosotras. Abandonemos a Dios, queridas hijas, el cuidado de nosotras mismas. Evitemos hablar de nosotras mismas,

pensar en nosotras, pero hablemos de cosas buenas, de Dios, de su servicio, de cosas generales que, al ser menos personales, son más interesantes para los otros y también mejores para llevar a los otros a Dios.

151. Bossuet predicó el sermón de la profesión de Mme de La Vallière en el Carmelo ante la Reina el Vallière, el 4 de junio de 1675

5 de julio de 1874

El espíritu de sacrificio

Queridas hijas,

Quiero recordaros, en relación con la fiesta que estamos celebrando hoy¹⁵², cuál es el significado para nosotras de estas fiestas, tan a menudo renovadas, de la Pasión y Preciosa Sangre de nuestro Señor Jesucristo, nosotras que debemos poner como fundamento de nuestra vida el espíritu de sacrificio.

El espíritu de sacrificio es el espíritu esencial de la vida religiosa. Si nunca se alejase de nosotras, podría decirse que tendríamos en la perfección la guía más segura y el apoyo más firme para practicar todas las virtudes.

Os invito a que examinéis todo esto muy seriamente. Se puede ser religiosa, observar las reglas, cumplir sus deberes, y sin embargo no estar impregnada y animada por el espíritu de sacrificio. Cuando pensamos que nuestro Señor nos dio toda su sangre, que la derramó hasta la última gota por amor a nosotros, veamos si, a cambio, le damos todo por amor.

Es un sacrificio que parece fácil de hacer en cierto sentido, ya que, aunque nos afecta íntimamente, no nos lleva a la muerte. Sin embargo, nos parece muy difícil, porque siempre nos sale al paso, porque se presenta continuamente, y este sacrificio es el de nuestro amor propio, por todas partes y bajo todas sus formas.

Santa Teresa se preguntaba qué hacen en la vida Religiosa y algunas personas que pretenden mantener en ella pequeños puntos de honor. Podríamos preguntarnos también qué hacen en la vida religiosa las personas que siempre quieren tener razón, o al menos mantienen aún cierta necesidad de ser estimadas, necesidad de decir: "Lo vi bien... lo dije bien... lo hice bien", necesidad de disculparse cuando descubren que se han equivocado.

Miremos a nuestro Señor, que nos dio toda su sangre con tanto amor, que sacrificó todo su honor por nosotros que se despojó de su rango, y que solo encontró el silencio como respuesta a las acusaciones de sus enemigos - busquemos a la luz de estos ejemplos de nuestro divino Salvador hasta qué

punto el amor propio reside en nuestras almas, y si no lo encontramos en el fondo de algunos de nuestros deseos, de algunas de nuestras voluntades. Preguntémonos si, en ciertas disposiciones, tendencias, en ciertas conductas, no estamos actuando bajo la influencia de este amor propio.

No digo que esté en nosotros del todo basto – sin embargo, a veces nuestros vecinos lo ven tan grande como nuestras cabezas - pero está ahí: y

152. Fiesta de la Preciosa Sangre.

por eso debemos combatirlo, destruirlo, porque el amor de Jesucristo solo vive en nosotros a costa del amor a nosotros mismos.

El objetivo principal de la vida religiosa es amar a nuestro Señor con una caridad perfecta, tender cada día a que aumente en intensidad esa caridad, en una palabra, adquirir todos los grados de amor de lo que somos capaces. El gran obstáculo en nuestros corazones a este amor de Dios es el que tenemos hacia nosotros mismos. Es nuestro egoísmo y nuestro amor propio. Desde nuestra infancia se han atrincherado y fortalecido como en una ciudadela. El amor de Dios, al progresar en nuestra alma, debe adueñarse de esta ciudadela.

Tratemos de conocer las diversas formas que adopta el amor propio en nosotros, para rechazarlas del exterior y del interior. Es este trabajo el que nos hace derramar la sangre de nuestra mente, de nuestro juicio, de nuestro corazón, de una manera tan sensible como si fuera la sangre de nuestras venas.

Es muy común encontrar personas que prefieren la disciplina hasta el extremo que humillarse, que están dispuestos a dejarse operar, a sufrir de forma muy intensa antes que no ser considerados, que ser menospreciados; pero nuestro Señor Jesucristo, que es el juez de todas las cosas, no se dejará engañar por las apariencias externas.

No importa que la gente diga de ti: "Es una gran persona, tiene valor, fuerza para sufrir". Lo que se necesita es que nuestro Señor, mirando tu interior, lo encuentre inmaculado, que vea que solo lo buscas a él, que solamente lo amas a él, que le das todo lo que puedes, que haces todos los pequeños sacrificios que se le presentan, y que es tanto más fiel cuanto que estos sacrificios se hacen entre Dios y tú, sin que las criaturas se den cuenta.

Pidamos al Señor esta gracia, venerando el derramamiento de su preciosa sangre. Tengamos una gran devoción a esta sangre divina, para empaparnos de ella a menudo y recurrir a ella sin cesar. De esta sangre surgen la fuerza y el poder de todos los sacramentos. Nos purifica en el Bautismo y en la penitencia. Es nuestra bebida y nuestro apoyo en la Eucaristía. Es la prenda de nuestra salvación, el precio de nuestra redención la señal del inmenso amor que nuestro Señor tiene por nosotros. Finalmente, eso es lo

que valemos, y lo mucho que podemos valorarnos, cuando pensamos que hemos costado el precio de la sangre de un Dios.

Al mismo tiempo, debemos comprender la absoluta necesidad de enriquecernos con todas las bellezas, todas las virtudes que esta sangre quiere hacer crecer en nosotros por la abnegación y la humildad.

—

12 de julio de 1874

El Amor por nuestro instituto

Queridas hijas,

Desde hace algún tiempo, se nos piden continuamente nuevas fundaciones a la Asunción. La conclusión que debemos sacar de todo ello es un amor muy grande por nuestro Instituto. Si es la voluntad de Dios y el deseo del hombre que se extienda, ciertamente será voluntad de Dios que se santifique. Tenemos el celo por nuestro Instituto, cuando, en todo lo que se es, en todo lo que se hace, se trabaja para alcanzar la santidad propia del Instituto.

Recuerdo haber dicho alguna vez de pasada que debemos prestar atención sobre todo a las palabras. De hecho, tienen una importancia impresionante en nuestra vida. ¿Cómo nos comunicamos con nuestros vecinos? ¿Cómo nos conocemos, si no es por lo que decimos? ¿No son algunas de nuestras palabras las que destruyen acciones buenas? A menudo sería necesario entrar en nosotros para llegar a pronunciar solamente palabras que lleven a Dios, a la estima de nuestras reglas y de nuestro Instituto, ya sea en el recreo o en las relaciones de nuestros empleos, buscando ante todo lo que es el espíritu del Evangelio.

Debemos estar convencidas de que cada una de nosotras tiene, en cierta medida, la responsabilidad del Instituto, que aún está en sus comienzos. Si cada una de nosotras fuera santa, si cada una de nosotras tratara de vivir lo que la Regla nos pide en cuanto a sencillez, obediencia, caridad, humildad, celo por las almas, mortificación -no austeridades extraordinarias- sino una mortificación generosa y ordinaria en cuanto a los sentidos y a las pasiones; si, finalmente cada una tratase de vivir todas las demás virtudes que se nos indican, ¿os imagináis lo agradable y precioso que sería nuestro Instituto a los ojos de Dios, lo útil que sería para el mundo y qué fuerza tendría en su interior?

Lo que nos preocupa y nos tranquiliza en una fundación es que se apoye en una persona que tenga el espíritu de Dios. Pero entended qué

descanso sería si, con una superiora, encontramos tres o cuatro hermanas que tienen el espíritu de Dios, ¡qué tranquilidad para nosotras, ¡y qué bendición para una casa! El espíritu de Dios está muy lejos de nuestro propio espíritu. Debemos menospreciarnos y pensar que no somos nada. El Señor no hace su obra con aquellos que creen que son algo; pero se da a sí mismo a las que se consideran nada y están totalmente entregados a su voluntad, a su gloria y al servicio de las almas.

Intentemos, queridas hijas, llevar esto a nuestras vidas, en los trabajos de los que somos responsables, y tengamos el valor de eliminar de nuestra conducta todo lo que se oponga a esto. Cuando somos sinceras con nosotras mismas, no hay casi nadie que, entrando en su interior, no encuentre algún defecto o inclinación contraria a lo que os acabo de indicar.

Sin embargo, no basta con admitirlo, con reconocerlo: hay que trabajar para que desaparezca. Hace dos años hablaba con una persona cuya vanidad le había hecho cometer una gran tontería y le dije: "¿No sabes que eres vanidosa? - Lo sé", dijo, y se quedó ahí. Si sabía que era vanidosa, ¿por qué no luchó contra ello? ¿Por qué no buscó el camino opuesto que es la humildad? Cada una de nosotras, al entrar en nuestro interior, puede observar fácilmente su defecto dominante y decir: "Sí, sé que tengo este defecto; pero ¿por qué no tengo el valor de vencerlo, de practicar las virtudes que se oponen a él"?

Esto es lo que tenemos que hacer si queremos ser un buen testimonio ante los que nos rodean. Pero si decimos: "Sí, sé que tengo este defecto; pero no puedo corregirlo; soy así. Deben aceptarme como soy", si lo aceptamos, lo dejamos arraigar en nuestra alma, no sabemos a qué caídas, a qué imperfecciones puede arrastrarnos un defecto dominante conocido y aceptado.

—

25 de julio de 1874

Cómo santificar las vacaciones

Queridas hijas,

Quería recordaros, en el momento de comenzar las vacaciones, la necesidad de tomar algunas decisiones para santificar este tiempo de descanso.

No debemos hacernos ilusiones: las religiosas que dan clases necesitan unas vacaciones tanto como las niñas. No hay ninguna profesión, más

agotadora que la educación y la enseñanza. Mirad, una madre tiene grandes dificultades con uno, dos, tres, cuatro hijos, y se agota con el cuidado que les presta. Pues bien, nosotras no sé cuántos tenemos que atender. Es cierto que nos sustituimos las unas a las otras, que nuestras ocupaciones son compartidas, pero realmente tenemos la preocupación por la enseñanza, el cuidado de la educación, una solicitud que, en la medida en que pongamos todo nuestro deseo en ello, y se quiera hacer el bien, aparecen el cansancio y el agotamiento. Por eso, debemos tomarnos realmente unas vacaciones.

Os voy a dar un consejo que puede pareceros extraño: no trabajéis demasiado durante estos dos meses. Las hermanas jóvenes a veces hacen grandes proyectos para trabajar durante las vacaciones. Quieren aprovechar para perfeccionarse, pretenden estudiar esto y aquello. No, hermanas, descansad. Es bueno para vuestra inteligencia, es necesario especialmente para las que dan clases durante el curso.

San Ignacio ordenó a sus religiosos que se tomaran vacaciones. Ahora bien, a este santo nunca se le podrá acusar de haber querido hacer de su Orden hombres débiles. Por el contrario, quería hacerlos valientes. Venía de un ejército bien organizado. Lo tomó como modelo e instauró una admirable disciplina en su Orden, queriendo que cada uno tuviera un valor a toda prueba, una entrega perfecta, siempre dispuesto a consumirse, a desgastar su vida, a entregarse por completo a la defensa de la religión y al servicio de la sociedad. Y, sin embargo, San Ignacio ve la necesidad de tomarse unas vacaciones.

Por lo tanto, diré a todas las hermanas, tanto a las que se quedan aquí como a las que se ven obligadas a marcharse: les diré que se tomen las vacaciones a conciencia y que descansen. Pero entended bien: descansar no significa relajarse. Además, ¿qué significa la perfección en nuestro estado? Es relacionar todo con el amor de Dios, hacer todo para cumplir la voluntad de Dios, y someterse a esta santa voluntad con un amor tierno que nos hace preferirlo a todo lo demás.

¿Qué os obstaculiza para tener una mayor atención a la presencia de Dios durante las vacaciones que durante el resto del año? ¿Quién te impide tener un amor más ardiente por nuestro Señor, una gran sensibilidad hacia la paz, que es más fácil de mantener cuanto más desprendido estés de ti mismo, más despojado de tu voluntad, y, además, teniendo menos a nuestro alrededor esas pequeñas abejas que zumban, podemos aprovechar esta tranquilidad para recogernos y escuchar interiormente la Palabra de Dios?

Un director experimentado me dijo que todos los servidores del Evangelio, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, tienen una gran compensación: encuentran a nuestro Señor muy fácilmente, cuando se callan y viven la soledad. Como le decía que, si esto es así, deberíamos poder permanecer siempre en soledad para no perder nunca a nuestro Señor, me respondió: "No os engañéis: los que viven en la soledad tienen las luchas de

la soledad a la manera de San Antonio". Así que cuando os retiráis para dedicaros a nuestro Señor, Dios se hace presente y Jesús os dice como a sus apóstoles en el Evangelio: *Venid y descansad un poco* 153. Si, por el contrario, siempre estás en reposo, en silencio, en soledad, como debemos esforzarnos durante la vida, *pues la vida del hombre es una lucha perpetua en la tierra*,¹⁵⁴,

153. Mc 6, 31. 154. Job 7:1.

la prueba se presenta en forma de diversas tentaciones, de dificultades en la oración. Nuestro Señor se retira para que podamos encontrar las luchas y los combates de la soledad que, según el testimonio de Santa Teresa, son mayores y más duros que los de la vida activa.

Aprovechad, pues, el privilegio que os da vuestra vida activa con vuestra contemplación, ya que, cuando os retiráis, cuando volvéis a entrar en vosotras mismas, nuestro Señor viene a consolaros de las dificultades que Habéis padecido por su servicio. Permaneced contentas, felices, confiadas, sin hacer gran cosa, ya que son las vacaciones. Pero, dice San Francisco de Sales, es ya hacer mucho sentirse en paz cerca de nuestro Señor, es bueno ocupar el tiempo en cumplir la voluntad de Dios. Esto será en una u otra cosa: para una hermana, será caminar todos los días una hora por el jardín, sin ocuparse de nada más que de observar a los pájaros, escucharlos cantar, respirar el aire fresco. Esto será la voluntad de Dios, y al hacerlo encontrará una gran paz.

Cuando uno se acostumbra a mantener su alma en equilibrio, a ser dueño de uno mismo, volvemos a ser como niños sin aburrimiento, sin impaciencia, sin prisa y, sobre todo, sin voluntad propia, con un celo puro, con un amor sencillo a Dios y al prójimo, con algo más de despojo de sí mismo, de más hijo de Dios, de más ingenuo, más tranquilo, más amable, más celoso.

No debemos creer que la impetuosidad, el desasosiego, la vehemencia, la agitación ayuda al celo. Lo que ayuda al celo es buscar a nuestro Señor y entregarle todo lo que tenemos que hacer. De este modo, podremos disfrutar de unas vacaciones discretas y tranquilas, porque así descansaremos; santas, porque disfrutaremos con alegría a los pies de nuestro Señor.

Habéis sido Marta durante el año. Sentíos un poco, María. Sabéis que se preocupó poco de las cosas, y Marta se quejó: *Señor, ¿no te importa que mi hermana me deja sola para hacer el servicio? Dile que me ayude*.¹⁵⁵ Sentaos tranquilamente a los pies de nuestro Señor. Espero que Él os consolará, y aliviará vuestras pequeñas dificultades, Él os ayudará, os iluminará, y os dinamizará. Entonces gozaréis de la alegría de las vacaciones, con una caridad más ardiente, con una mayor pureza de corazón que os llevará a dar todo a nuestro Señor: y así llegaréis a ver a nuestro Señor en todo y a amarlo más al final de este tiempo de descanso.

9 de agosto de 1874

Amor a la voluntad de Dios

Queridas hijas,

En el momento en el que me voy a ausentar y en el que muchas de vosotras tendréis que marcharos, quiero dejaros un consejo que será una ayuda y un apoyo. Este es un consejo general para la vida religiosa, elemental incluso para la vida cristiana, pero, sin embargo, puede llevar a la más alta perfección: este consejo, hermanas, es la voluntad de Dios que es lo único que hay que buscar. Querer solo la voluntad de Dios, tenerla siempre ante nuestros ojos, seguirla, lo simplifica todo.

El espíritu de la Asunción es un espíritu de sencillez, y nada es tan sencillo como el amor a la voluntad de Dios. San Francisco de Sales escribió a sus monjas que debían ver la voluntad de Dios en todo y seguirla. No hay nada en estas palabras que no pueda aplicarse a nosotras y a todas las religiosas, de cualquier congregación. Todo misticismo puede relacionarse con este pensamiento.

En el retiro, se desarrollará de manera muy completa y con mucho cuidado, espero, este principio de San Ignacio: *Que debemos permanecer en una perfecta indiferencia hacia las criaturas*, no es que las criaturas puedan sernos indiferentes. Nos agradan o nos desagradan, y hacemos necesariamente una diferencia entre unas y otras. Esto no significa que ya no padeceréis dificultades ni penas. No, pero la voluntad de Dios, el anhelo de cumplir sus más pequeños deseos se habrá apoderado de tal manera de vuestra alma que ya solo buscaréis la voluntad de Dios.

Por ejemplo, generalmente nos gusta tener mejor una buena salud que estar enfermo, -aunque algunas personas, en número muy reducido, prefieren estar enfermas - y aunque nos guste sufrir, hay condiciones en las que se realiza nuestra elección, condiciones de tiempo, lugar, personas y del entorno. Lo que siempre es necesario es que, sin sentirnos atadas a lo que nos agrada, nos elevamos por encima de ello buscando lo que agrada a Dios, el cumplimiento de su santa voluntad.

La indiferencia hacia las criaturas nos conduce, como algo natural al abandono a Dios, que es el acto más perfecto de amor. Este amor a Dios, que es el fin y el deber fundamental de toda vida cristiana, y más aún de la vida religiosa, es también el fin y el principio del abandono.

Por supuesto, siempre tendremos una opción. Esto te agrada, te gusta, esto otro no. Pero las cosas que no te gustan, las haces porque agradan a Dios y vosotras amáis a Dios. Así es como cada una de vuestras más pequeñas acciones tienen una finalidad más elevada, el amor, y en todo lo que haces, al rezar, al leer, al escribir, al comer, yendo al salón de visitas, volviendo, siempre puedes decir a Dios: "Señor, hago tu voluntad".

Entonces adoramos en primer lugar esa voluntad divina que lo dispone todo para nuestro bien. Esta voluntad es la que nos da ese talento, ese trabajo, ese entorno. No hay dos personas que tengan los mismos dones y se guíen por los mismos caminos.

En todas estas cosas, si Dios nos diera a elegir, ciertamente tendríamos una opción, pero Dios, a causa de su gran misericordia, no nos la ha dado ni nos la dará. También, es una tontería mirar a su alrededor y compararse con otra persona y decir: "Si tuviera, como tal hermana, tal ayuda, tal ocupación, tal talento, tal apoyo, tal consuelo".

Sí, es una gran locura, pues la elección de Dios es lo mejor para nosotras. Él sabe mucho mejor que nosotras lo que nos conviene. Él nos ama mucho más de lo que nos amamos a nosotras mismas, no en el mal sentido del amor propio, sino con ese amor paternal que dispone todo para nuestro mayor bien.

Debemos responder a este amor con confianza. Si nuestro Padre nos presenta un trago amargo, tomémoslo con gusto de su mano porque confiamos en esa adorable voluntad, en esa gran sabiduría, ante la cual la nuestra es solo oscuridad.

Recordamos que ella ha dispuesto todas las cosas para su gloria, nuestra santificación en este mundo y nuestra glorificación en el otro y que toda nuestra perfección consiste en dejarnos conducir y buscar en todo solo el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Os dejo con este pensamiento, tanto para las que se están preparando para el retiro del año, así como para las que van a dejarnos para ir a nuestras casas. Esto puede parecer difícil para algunas, pero es duro para un ángel, - si es que algo puede ser duro para aquellos espíritus celestiales que disfrutaban de la visión de Dios- ser enviado a un alma que durante años se aleja de él, nunca le obedece, es enemigo de Dios, y siempre hace el mal. Pero el ángel está ahí por voluntad divina. Ve a Dios siempre, ama esta voluntad divina que lo transforma todo, que consuela de todo, que todo lo deifica, y que todo lo convierte en alegría.

Así debe ser con nosotras en la Asunción. Debemos tener alegría para que, elevándonos por encima de las cosas creadas, no apeguemos nuestro

corazón a ellas, y que tengamos cuidado, cuando se nos estimula brote alguna raíz, desprenderla de la tierra, para dejar que todas nuestras raíces arraiguen solo en el cielo.

Así caminaremos, mirando siempre a Dios, llenos de confianza en este Padre tan amoroso, teniendo los ojos fijos en sus manos paternales como niños nacidos con estrella, como dice la Escritura, para obedecer la menor señal de su voluntad.

7 de septiembre de 1874

La Palabra de Dios

Queridas hijas,

Nada es más importante que tener una idea exacta y verdadera de lo que debe ser la vida religiosa. Es una vida de sacrificio, y eso es lo que la hace tan fascinante y atractiva para las almas que aman a Jesucristo.

Nuestro Señor vino a la tierra para sacrificarse por nosotros, para mostrarnos el amor supremo con el sacrificio de todas las cosas. La vida que abrazó en la tierra fue un sacrificio continuo. Sacrificio al hacerse hombre, sacrificio por la forma en que vivió entre los hombres, sacrificio por la forma en que ofreció su vida por los hombres, sacrificio de toda su vida, se mire por donde se mire. Las almas que aman a Jesucristo quieren mostrarle a su vez su amor. Con la ayuda de su gracia, quieren darle algo. Cuando una entra en la vida religiosa, es para entregarse a nuestro Señor Jesucristo por la obediencia, por la renuncia, por el tipo de perfección que exige la Regla y por todos los sacrificios que la vida religiosa puede ofrecer.

Todas estas verdades se os predicaran esta semana. Veréis lo que debéis ser para Dios, lo que somos para Dios, cómo debemos tratar a las criaturas, cómo debemos querer ser los soldados de Jesucristo en la tierra, luchar bajo su estandarte, seguirlo con una vida semejante a la que Él vivió por nosotros.

Pero antes del retiro del año, me gustaría recordaros esta verdad, que nunca se repetirá demasiado, y que debe grabarse en nuestras almas, que bajo la Palabra de Dios está Dios mismo. Dios debe ser nuestra comida aquí abajo. Es necesario que la vida divina penetre en nuestra alma para convertirnos en criaturas nuevas, en verdaderos hijos de Dios. Ya somos adoptados por Dios, destinados a verlo y a poseerlo por toda la eternidad, pero para ello es necesario que nos hagamos semejantes a Él.

Probablemente recordéis lo que se dice en la Imitación: *Me sirven dos platos en tu mesa, Señor, o más bien, me preparan dos mesas: una contiene el festín de los ángeles, tu carne divina, la Sagrada Escritura, la otra, tu Palabra.*¹⁵⁶ Este pensamiento debería resultarnos familiar. Cuando

recitamos el Oficio Divino, se nos ofrece la Palabra de Dios. Repetimos la Palabra de Dios, la palabra de vida, la palabra de la Sagrada Escritura.

Si prestamos atención, con el pretexto de la palabra, encontramos a Dios, la vida de Dios, la enseñanza de Dios. Muchas veces durante el día nuestra alma debe venir a apaciguarse, a descansar bajo la sombra de la palabra divina, como el polluelo se acoge bajo las alas de su madre, para gozar de Dios, para ir hacia él.

156. Imitación de Jesucristo, libro 4, cap. 11, 4.

Así nuestra inteligencia se alimentará de Dios, como nuestra alma se nutre de la Eucaristía, pues es el mismo alimento que se nos da bajo dos formas diferentes.

Lo mismo ocurre con la palabra del sacerdote, con la predicación dondequiera que aborde una determinada doctrina, una doctrina revelada. Es Dios quien habla a nuestra alma, y entonces, como dice la Escritura: *Si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones.* 157. Como es preciso que cada día, al comenzar el Oficio, prestéis atención a esta palabra: *Llevo cuarenta años con vosotros y no me habéis escuchado.*

¿Cuántos años lleva nuestro Señor con nosotros sin que le hayamos escuchado? Pero no debemos endurecer nuestro corazón, debemos abrirlo, hacerlo flexible, atento, fiel a Dios que viene en su Palabra. Ya sea bonita, y elocuente o normal y sencilla, pero eso no es de lo que se trata: la cuestión es que nos lleve a Dios que, como un esposo, viene a nosotros, quiere penetrarnos de Él y así prepararnos a esa verdad eterna que debemos contemplar y de la que disfrutaremos en el cielo.

Aquí hay novicias que escuchan la palabra de Dios todos los días. No es, por supuesto, la Palabra de Dios en el mismo sentido de la Sagrada Escritura, verdad revelada, inspirada por el Espíritu Santo, Palabra de Dios en el sentido estricto de la palabra; pero esa palabra que según nuestras reglas nos forma, que nos hace entrar en el espíritu de la vocación que Dios ha elegido para nosotros, ¿no es también la Palabra de Dios?

Nos ha llamado por nuestro nombre, nos ha predestinado desde toda la eternidad para ser suyas, tenemos que hacer algo para que así sea. Tenemos que responder a su llamada, tenemos que aprender a servirle, las delicadezas de su compañía, cómo vivir interior y exteriormente todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestra conducta. Por eso las novicias reciben la palabra que las prepara, que les enseña lo que tienen que hacer para responder a la llamada que Dios les dirige.

Se dice en alguna parte de las Sagradas Escrituras que en la corte del rey Asuero había un oficial especialmente encargado de engalanar y adornar a las vírgenes que iban a ser presentadas al rey.¹⁵⁸ Es la Maestra de novicias la encargada de adornar y engalanar a las vírgenes que se preparan para ser las esposas del Rey celestial.

Como se muestra de Ester que tomaba, sin prestar atención, toda la ropa que se le entregaba, así una de las disposiciones que más agrada al Rey de reyes, era encontrar un alma que no tenga elección, que no se aferre a un vestido, a una forma de perfección, a una manera de ser, a una preparación, sino que tome el vestido que se le da, que se deje revestir, ataviar, formar, conducir, enteramente flexible,

157. Sal 94:8, 10.

158. Is 2, 15.

como la Santísima Virgen que, según la expresión de San Francisco de Sales, era tan flexible como la cera en las manos de Dios.

Todo esto, hermanas, se hace prestando atención a la Palabra de Dios, por la docilidad para seguir las enseñanzas que se nos dan, para que seáis dignas de Dios, cuando llegue el día de los esponsales o desposorios, y que podáis tener derecho a decir: "Dios me ha elegido para pertenecerle de una manera especial. Ya no soy solo su criatura, un alma redimida por Él, su hija, su hermana: soy su esposa. Este es el título al que aspiráis, esta es la gracia que pedís. Debéis prepararos para ello por la docilidad, por la oración, por la fidelidad, por el desprendimiento de vuestros propios pensamientos, de vuestras propias ideas, y por el cuidado espiritual y constante de agradar a nuestro Señor y de serle fieles.

4 de octubre de 1874

Despojarse del amor propio y revestirse de nuestro señor Jesucristo

Queridas hijas,

Quería recomendaros, una gran dedicación a la oración después de vuestro retiro, cogiendo como tema de vuestra meditación el cuidado con el que debéis despojaros de vuestra propia vida, para revestiros de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Esto es, propiamente hablando, el espíritu de la Asunción.

Una religiosa de la Asunción debe, a lo largo de su vida, tratar de buscar en qué puede imitar la vida de nuestro Señor Jesucristo y desarrollarla en ella misma. Para ello, no se nos piden grandes austeridades. Nuestro Señor llevó una vida normal en medio de los hombres. Es cierto que esta vida terminó con sufrimientos atroces, soportados por nosotros en la cruz.

Cada uno de nosotros probablemente también tendrá sufrimientos al final de su vida. No solemos llegar a la muerte sin pasar de antemano por enfermedades, angustias, tristezas, como lo habéis visto con nuestras hermanas agonizantes. Por eso el misterio de la cruz debe estar presente constantemente ante nuestros ojos para que nos infunda paciencia.

Por lo tanto, debemos buscar cómo podemos imitar esta vida de acción de gracias, esta vida de oración, esta vida de celo, este espíritu evangélico como lo vemos en el Evangelio. Pero iré al grano de inmediato.

No podemos llenarnos de la vida de nuestro Señor, *no podemos manifestarla en nuestra existencia*,¹⁵⁹ como dice San Pablo, sino a condición de que nos despojemos de nuestra propia vida, de nuestro propio espíritu, es decir, lo que es propiamente nosotros mismos. A menudo decimos: "*Yo soy así, Yo pienso esto, Yo creo aquello*". *Soy yo* con mi carácter, *Yo* con mi vehemencia, *Yo* con mis gustos, *Yo* con mis antipatías; es este Yo en todas sus formas que debemos rechazar y abandonar, si queremos tener el estilo de nuestro Señor Jesucristo.

Los filósofos dicen que es imposible hacer coincidir dos formas contrarias en la misma materia. Así, un artista no puede crear una figura humana que sea a la vez fuerte y delicada, enérgica y sin vigor. Lo mismo ocurre con nuestra alma. Mientras nuestra manera de ser permanezca, la forma de nuestro Señor no puede transformarnos. Por lo tanto, es necesario trabajar y perseverar para despojarnos de nuestra forma de ver, pensar, ser, querer, actuar, etc., – para revestirnos de la forma de ver, pensar, ser, querer y actuar que nuestro Señor nos ha enseñado en su Evangelio.

En este sentido os he recomendado muy a menudo, en general y en particular, tratar de ser mujeres evangélicas¹⁶⁰, por la sencillez, por la fe, por la atención a nuestro Señor por la dependencia de su espíritu, comprendiendo esta palabra a menudo tan dura para nosotras: "*El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo*"; pero esto es solo el principio de la perfección, y nuestro Señor añade: "*Que cargue con su cruz cada día*"¹⁶¹. porque la cruz se encuentra en la vida religiosa, ya que, es la base toda vida humana, y cuanto más voluntariamente se acepte, más feliz, tranquilo y contento se estará en este mundo. Así que esta sencilla razón debería hacernos aceptarla, soportarla con alegría sobre nuestras espaldas, en lugar de arrastrarla con desgana y con pesar.

A veces buscamos cruces y austeridades para mostrar nuestro amor a nuestro Señor. Creedlo, es una gran cruz alcanzar la perfección de nuestro Señor. Supone un gran dolor, un gran trabajo dedicarse tratar constantemente a alcanzar algo tan santo y perfecto como nuestro Señor. Es una forma muy difícil de conseguir. Para lograrlo, se necesitan grandes esfuerzos, y este esfuerzo es doloroso.

Y, sin embargo, este trabajo se ofrece a todos. Forma parte de la elección que uno debe hacer en este mundo entre el camino estrecho que

lleva al cielo y el relajado que lleva a la perdición. Todos los cristianos están obligados a elegir, y solo los que pasan por el camino estrecho llegan al reino de los cielos. Pero para nosotros, que somos algo más que los cristianos normales, el esfuerzo debe ser mayor, más constante. Se nos pide un sacrificio total, generoso.

159. 2 Cor 4:11.

160 "Hijas": palabra utilizada por la madre María Eugenia.

161. Mt 16:24.

Es cierto, hermanas, que la alegría acompaña a este sacrificio, pues al olvidarnos, encontramos a nuestro Señor Jesucristo, experimentamos la alegría de estar unidos a él, poseemos la paz que derrama en una conciencia recta por su gracia y su compasión. En la medida en que los primeros elementos de la vida de Jesucristo aparecen en nosotros, en esa misma medida la paz comienza a echar raíces en nuestra alma.

Sabéis que cada vez que nuestro Señor se aparecía a sus discípulos después de su resurrección, sus primeras palabras eran: *La paz esté con vosotros*¹⁶². Así, desde la primera aparición de Jesucristo en el alma, nos da la paz. Si a veces trae pruebas, cruz, también trae la paz, y *la paz que supera todo razonamiento*¹⁶³ según la expresión de San Pablo. Pero esta paz que supera todo sentido, solamente nos la da nuestro Señor, y en la medida en que su cruz cala en nuestra alma.

En este sentido un gran santo, San Lorenzo Justiniano, que había alcanzado un alto grado de perfección, decía que, si el mundo sospechara la alegría que se encuentre en la austeridad y en el sacrificio, la paz y la satisfacción que se encuentra en los monasterios más severos y sometidos a las leyes de la perfección, más rigurosa, escalarían los muros para venir a buscar estas alegrías.

En la medida, pues, en que el alma hace más sacrificios, que pone más empeño en asemejarse a nuestro Señor Jesucristo, en esa medida encuentra una alegría que el mundo no conoce, una alegría sobrenatural que se debe a la presencia de Dios en ella, y que supera todos los bienes y alegrías de la tierra. En este sentido nuestro Señor prometió a sus discípulos que *recibirían el ciento por uno incluso en medio de las persecuciones*¹⁶⁴, este ciento por uno se nos da por la presencia de Dios en nosotros. Es cierto que los mártires en las profundidades de sus mazmorras estaban alegres y tranquilos ya que Jesús se formaba y habitaba en ellos. Así podían resistir hasta dar su vida por la confesión de la fe, con una fuerza sobrehumana.

Es cierto que esta presencia de Dios en nosotros no siempre se percibe, porque Dios quiere que el alma se purifique por mayores esfuerzos, por un trabajo más costoso. Así que se esconde, lo que es necesario para evitar que esta alma caiga en la autosatisfacción, en la vanidad espiritual, que es el

mayor de los males. Dios se retira, quita sus consuelos, sus luces, para que nos veamos miserables e imperfectos.

Si fuéramos sabios, esta visión, en lugar de entristecernos, nos consolaría, porque nos sentiríamos, al menos por esta parte, absolutamente en la verdad, y comenzaríamos a caminar feliz y tranquilamente, reconociendo que somos la pura nada, y bien convencidas de que por nosotras mismas no podemos hacer nada.

162. Lc. 24,36

163. Fil. 4,7 164. Mt 19:29.

Es extraño que ese sea el efecto que se produce en el alma a causa de sus imperfecciones. Por lo general, esta idea le desagrada. Esto demuestra que necesita que nuestro Señor se lo dé, le obligue a entrar en una pobreza extrema, hasta que ella se complazca en su pobreza porque encuentra la infinita riqueza en Dios.

Pero vuelvo a lo que os dije al principio: Acostumbraros a deciros con frecuencia: "Solo haré algunos progresos si *me* parezco a nuestro Señor. El recuerdo de *mí*, el pensamiento alrededor de *mí*, la mirada hacia *mí*, la palabra que vuelve sobre *mí*, todo esto debo eliminarlo, destruirlo, para que todo en mí vaya a nuestro Señor y que su imagen quede impresa en mi interior y en mi exterior. A los más jóvenes les diría que este debe ser el objeto de sus esfuerzos y de su trabajo continuo: que pidan a Dios sobre todo la gracia de no perder el tiempo de la vida.

Este tiempo es precioso, porque se nos da para ganar la eternidad. A veces oímos a la gente decir: "¡Oh! ¡cómo me gustaría llegar al final!". ¿Qué sentido tiene decir esto? ¿Es para ahorrarse unos días de dolor y trabajo? ¿Y qué es eso para la eternidad! Si es para unirse a Dios, porque creemos que nos asemejamos a nuestro Señor Jesucristo, ¡es muy presuntuoso! Quién puede decir: ¿"Soy como nuestro Señor?; tengo sus pensamientos, sus voluntades, sus formas de ver, de ser y de actuar" Quien habla de esta manera está todavía lleno de amor propio y de orgullo.

Por el contrario, como sabemos que aún queda mucho camino por recorrer, no digo que debemos pedir la vida, sino que lo aceptamos con gratitud, como un gran regalo de Dios. Si aceptamos la vida de esta manera, deseando solo parecernos más a nuestro Señor, Dios está como obligado a concedernos esta semejanza divina, que se completará durante la enfermedad.

Si solo deseamos librarnos de los problemas de la vida, nuestro Señor bien puede satisfacer este primer deseo, pero sin satisfacer el segundo. De este modo, seguiremos con un parecido incompleto e inacabado con nuestro modelo divino. Ya que es en esta tierra donde debemos formarlo en nosotros trabajemos aquí con valor, pensando que se trata de hacer una fortuna eterna, un bien eterno que buscamos poseer, un estado estable que debemos

conquistar por medio de algunos sufrimientos en este mundo. Así han pensado todos los santos.

11 de octubre de 1874

El espíritu de unidad basado en el espíritu de humildad

Queridas hijas,

Al comenzar de nuevo esta vida de enseñanza que forma parte del fin de nuestro Instituto y que se reanuda con el inicio del nuevo curso escolar, no creo que pueda recomendaros nada más importante que os apliquéis la unidad tan bien señalada en la Regla: que haya una gran unidad entre las profesoras, renunciando cada una a sus propios puntos de vista, a sus propias ideas, para tratar de entrar exactamente en las ideas de las que están al frente de cada clase, y para ser fieles a las normas adoptadas por la maestra de estudios y por la directora del internado que es responsable de la disciplina de las alumnas.

Sin esta unidad, no se puede hacer ningún bien, y esta unidad se fundamenta en el espíritu de humildad. Cuando uno tiene alguna dificultad, si uno entra en sí mismo e intenta corregir esa falta, que nuestro Señor reprochaba a los fariseos, la de *“mirar la paja en el ojo de tu hermano, y no darte cuenta de la viga en el tuyo”* ¹⁶⁵, si comprendiéramos que todos somos más o menos ciegos, no nos pararíamos a mirar las faltas de los demás, sean cuales sean esos otros, ya sean de las hermanas, de las niñas, o de cualquier otra persona con la que tenemos relaciones. Más bien, tendríamos que poner nuestra humildad en mirar siempre los propios defectos. Ante la tentación de fijarse en los del prójimo, pensad: "Tal vez yo tenga ese defecto y si no lo tengo, quizás tenga algo que pueda hacer que surja en mí.

Entrar en uno mismo de esta manera y dejar caer todo juicio sobre la conducta de los demás, creo es, queridas hijas, un medio de gran perfección, mientras que siempre existe imperfección en preocuparse de las faltas de los demás.

Estoy tratando de pensar si alguna vez hemos encontrado ventajas en ocuparnos de las faltas del prójimo, cuando uno no es el responsable. No encuentro ninguna. No se le puede corregir, se siente uno contrariado, se impacienta y no se gana absolutamente nada, mientras que se gana enormemente al pensar en las propias faltas. En primer lugar, uno aprende a conocerse a sí mismo, se vigila más a uno mismo, hace actos de humildad, se agrada a Dios, evitando lo que le desagrada. Los pensamientos que giran en torno al prójimo para condenarlo desagradan a Dios.

Monseñor Gay me dijo una vez que Dios, que nos ve constantemente, ve nuestra alma como si a veces le hiciera muecas o le pusiera mala cara. Eso no hay que hacerlo, queridas hijas. Por el contrario, debemos tratar de ponernos en una disposición tal que, cuando Dios mire nuestra alma, la encuentre a punto, humilde, ocupada de él, buena y caritativa. Os aseguro, hermanas, que es una gran cosa vivir de esta manera con pureza de intención y de pensamiento bajo la mirada de Dios, y con una disposición que pueda agradar a Dios, que la encuentre conforme al espíritu que le agrada, al espíritu de Jesucristo. Y el mejor medio que conozco, es el que acabo de señalaros.

----- 165 Mt 7,3.

18 de octubre de 1874

El espíritu de fe

Queridas hijas,

Permitidme insistir hoy en una virtud que todas tenéis, y que es tan fundamental para toda la vida cristiana que parece inútil recordarla, pero que, sin embargo, nunca se vive y fortalece demasiado en el alma: la fe.

Cuando no somos generosas ni sacrificadas es por falta de fe. Cuando en la vida nos sorprendemos al hacer un esfuerzo, soportar momentos dolorosos, es una prueba de que nuestra fe es débil, y de que no elevamos suficientemente nuestros pensamientos a las recompensas eternas, que la fe nos revela. San Pablo dijo: “*Si Cristo no ha resucitado vana es vuestra fe*”.¹⁶⁶ En efecto, sin la fe y sin la esperanza en la resurrección, sin fe y esperanza en la felicidad eterna, toda nuestra vida no es más que un tormento, y nuestros sufrimientos son inútiles.

Sin duda, si hemos acogido el destino que hemos tomado para seguir a Jesucristo en la vida religiosa, es por la fe y para la fe. Pero ¿lo llevamos con tanta pasión, con tanto espíritu de sacrificio, con tanta muerte a nosotros mismos que podamos reconocer en nosotros la fuerza de nuestra fe por nuestras acciones? ¿Anima todas nuestras acciones? ¿Hace que cada dolor, cada prueba sea soportable? No se puede decir, sin embargo, que nuestra vida sea más dura, más sacrificada -a menos que no la hagamos así- de lo que es en muchas de las personas que nos rodean. es para muchas de las personas que nos rodean. Lo que hará que nuestra vida sea un mayor sacrificio, es que nos renunciaremos más a nosotros mismos, es decir, que tendremos un mayor espíritu de sacrificio en la obediencia, en el trabajo, en la mortificación, en la pobreza, en nuestras relaciones con el prójimo, en nuestras relaciones con Dios, pues es sobre todo en la oración es donde debemos tener gran fe.

La fuerza y la generosidad de nuestra fe deben medirse a veces por la generosidad de nuestra vida, por la fuerza con la que nos despojamos de todo lo que es visible y aspiramos a lo que es invisible; lo cual es suficiente, hermanas, para alcanzar la santidad. Todas vosotras habéis conocido a personas santas, ¿Cómo habéis reconocido que eran almas santas? ¿Fueron sus virtudes? No. - ¿Su bondad? Tampoco. - Fue el contacto que habéis reconocido en ellas con las cosas de la eternidad. Se podría decir de esas almas: "Son el espíritu de oración personificado, el espíritu de unión con Dios personificado, el espíritu sobrenatural personificado."

166. 1 Cor 15:17.

Viven en su interior las características de la otra vida. Han renovado verdaderamente su alma, y sus conversaciones están en el cielo.

¿Por qué, hermanas, no somos todas como esas almas? Podéis decirme que tenéis vuestro carácter, vuestros defectos, las malas disposiciones, malas inclinaciones; pero todas nos reconocemos ahí, y no ha habido santos sin defectos. San Luis de Gonzaga tenía defectos, también San Alfonso M^a de Liguori, y esto es muy consolador para nosotros. Pero lo que era impecable en ellos era la vivacidad de su fe. Era su espíritu de oración, su generosidad en sus relaciones con Dios, su desprendimiento y elevación por encima de todas las cosas de la naturaleza.

Esto es lo que debemos pedir a Dios sin cesar. Que la oración que más a menudo tengáis en vuestros labios sea esta: "*Creo, ven en ayuda de mi incredulidad*" 167. Esto fue lo que decía el desdichado padre que pedía al Salvador la curación de su hijo poseído por un demonio sabiendo que su fe podría obtener ese milagro. "*Creo, Señor, ven en ayuda de mi incredulidad*". Debemos pedir una fe tan viva que haga ver al mundo lo que no puede verse. Transformarnos mediante la oración, la unión con Dios, en personas que lleven a los hombres la huella de lo invisible, de lo sobrenatural y divino.

Seguro que habéis visto alguna de esas personas que te hacen exclamar involuntariamente: "¡Qué persona tan llena del Espíritu de Dios! ¡Cómo todo en ella da testimonio de Dios!". Pues bien, hermanas, la última razón de nuestra existencia como religiosas es ser así, aportar ese espíritu de fe en la relación con las almas. No damos a las personas con las que nos relacionamos, no damos a los niños todo lo que deberíamos darles, cuando no les damos este espíritu de fe.

Y aquí, hermanas, debemos entender todo esto bien, no hay excepciones: la cocinera, la encargada de la ropa blanca, la portera, tanto la que está enferma como la que está bien, la profesora, la que guarda el recreo, así como la superiora, todas sin excepción debemos aportar al mundo ese mundo invisible, esta presencia de un alma unida a Jesucristo, en la que resplandece la fe.

Si estuviéramos más convencidos de esta obligación que tenemos respecto a las almas, no podríamos contar el número de conversiones que podríamos obtener. Si todos los que sirven a Dios, si todos los sacerdotes, todos los religiosos pudieran llevar en su interior esta elevación sobrenatural, esta vivacidad de la fe, este espíritu de oración, esta personificación de una vida más de eternidad que del tiempo, no dudó en afirmar que el mundo entero sería pronto cristiano. Habría algo en su relación que actuaría tan poderosamente en las comunidades humanas que estas almas serían la sal de la tierra.

167 Mc 9,23.

Esto es, además, lo que deberían ser todos los siervos de Dios, porque nuestro Señor dijo a sus apóstoles: "*Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se la salará?*"¹⁶⁸. Queridas hijas, no debemos permitir que esta sal de la tierra se vuelva insípida. Es necesario procurar siempre con gran fuerza y energía reavivar tan alta vocación.

No se trata de contentarse con un poco, con nada, con decir: "Ahora hablo, ahora callo..." "Ahora estoy haciendo esto, pronto haré aquello otro". El fin de nuestra vida es la unión con Dios desde el espíritu de fe, la entrega a las virtudes en unión con Jesucristo, la manifestación de su reino en nosotros por nuestro exterior, por nuestra conducta, por todo nuestro ser. Aunque solo frotéis el suelo con espíritu de fe, estaréis haciendo mucho. Si hacéis mucho sin este espíritu, no hacéis nada.

Por tanto, que tu oración sea a menudo pedir esta fe, este espíritu de fe, que transforma, que vivifica, que te hace sentir mejor y, que eleva a Dios las cosas más ordinarias. Pídelo, no solo para ti, sino para toda la Congregación. Entre los bienes que una puede desear para su Congregación, no hay nada más necesario que pedir la santidad. Pedid, pues, para todas nosotras una fe viva, una fe pura.

Gracias a Dios, nuestra fe es pura, es decir, que creemos todo lo que la Iglesia cree y enseña, que nos consideramos sumisas a la Iglesia en la persona del Papa, de la manera más absoluta. Entre esta fe pura y la fe viva y práctica que vivifica, que anima, que se hace visible en toda conducta. Hay muchos niveles y hay que trabajar para superarlos. Debemos pedir que todas nuestras hermanas pasen por ellos, para que el espíritu de fe sea visible en todos nosotros, y que, al igual que San Pablo dijo que *el justo vive de la fe*"¹⁶⁹, se pueda decir que las Religiosas de la Asunción viven de la fe. Eso, queridas hijas, sería el más hermoso elogio que se nos puede hacer.

168 Mt 5,13.

169. Rom 1:17, según Ha 2:4.

25 de octubre de 1874

Fiesta de la Pureza de la Santísima Virgen

Queridas hijas,

Hoy es la fiesta de la Pureza de la Santísima Virgen, y me parece que sería una buena ocasión para considerar la extrema pureza del Dios al que servimos, y concluir que le debemos pureza de corazón, pureza de la fe, pureza en la verdad, pureza en las acciones, pureza en las virtudes que practicamos, pureza en nuestras intenciones, para así poder comprender mejor todo lo que pide a las criaturas.

Contemplad, ¡qué admirable pureza dio a la Santísima Virgen para convertirla en su madre! Sin duda, nunca alcanzaremos ese grado de pureza que admiramos en María.

Hay que admitir que todos tenemos una mayor o menor inclinación a los siete pecados capitales. Tal vez algunas personas protestarán. Una dirá: "No tengo este", otra: "No tengo ese". Se puede tener más de uno o más de otro, pero la verdad es que esta raíz, este foco de concupiscencia, este fondo de pecado, estas malas inclinaciones que heredamos de nuestro primer padre están dentro de nosotros.

Siempre, cuando hablo de estas cosas, vuelvo a lo que dice San Juan de la Cruz, no a los grandes pecadores, ni siquiera a los simples cristianos, sino al que ya ha subido a la montaña sagrada, que está trabajando en la perfección, que se ha apartado del mundo, que ha dejado todas las cosas terrenales para abrazar una vida austera.

El santo comienza a explicar cómo esta raíz de todos los pecados capitales se encuentra en nosotros, si no es con respecto a lo ordinario y a lo terreno al menos en lo que respecta a lo espiritual. Cómo esta mala inclinación que está arraigada en nosotros solo puede ser purificada por la mano de Dios y por las pruebas que nos envía.

Así que todos somos pecadores. Para nosotros, la primera cuestión es purificar nuestra alma, purificarla durante toda la vida. Cuando la hemos purificado de las cosas más externas, debemos purificarla de todas las impurezas que aún permanecen adheridas en lo más profundo de nosotras.

En la Santísima Virgen no es así. Nuestro Señor se encargó de crearla con una pureza original, que no ha conocido la perversidad, ninguna mala disposición, que en lo espiritual no conoce tampoco, la vanidad, el orgullo, la avaricia, la necesidad de satisfacerse, que no las conoció en lo terreno ni en lo más pequeño. Es esta admirable pureza la que la convierte en nuestra madre y en nuestro modelo.

Digo *nuestro modelo* de una manera muy especial, porque ella es, después de todo de nuestra naturaleza. Ciertamente, nuestro Señor es el primer ejemplo, el primer modelo que se nos da, pero en nuestro Señor Jesucristo la persona no es humana, es divina; la persona en nuestro Señor Jesucristo el yo, el mí, es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Su naturaleza humana, tan santa, tan perfecta, tan sumisa, debe estar siempre ante nuestros ojos como nuestro modelo.

La Santísima Virgen es completamente similar a nosotros. Su persona es humana. Fue concebida sin pecado, con una pureza sin sombra ni mancha. Privilegio que, como todas sabéis fue el de la naturaleza humana en el principio: Adán y Eva fueron creados en la justicia original, que perdieron por su pecado.

Por su fidelidad, por su amor, por su humildad, por su generosidad, por su atención a la voluntad y a los consejos de Dios, por su oración, María no perdió su pureza original, sino que llevó una vida que - aunque tenía una gracia especial, un privilegio que no podemos pretender - bastaría para ser puras y santificarnos, si, como ella, rezamos, si como ella tratamos de practicar la humildad y todas las virtudes admirables en su vida: la caridad, la mansedumbre, la paciencia, la unión con Dios en el sufrimiento. De nuestra vida, tan pecaminosa, tan mala, tan imperfecta en el fondo, haríamos una vida pura y sin mancha.

Nuestro Señor ya nos ha purificado. Nos ha purificado en el Bautismo. Él nos purifica con todos los sacramentos, en la Penitencia, en la Eucaristía, que recibimos tan a menudo y que vienen continuamente a blanquear y santificar nuestras almas.

¿Dónde estamos con respecto a esta pureza inmaculada que deberíamos tener? ¿Dónde estamos con respecto a las inclinaciones de la naturaleza? ¿Qué queda en nosotros? ¿Qué tenemos aún del orgullo natural, del orgullo espiritual, y de cada una de esas inclinaciones al pecado, de las que deberíamos liberarnos por las gracias de nuestra vocación y por todas las gracias que hemos recibido?

Este es un gran día, queridas hijas, para pedir a Dios que la sangre de Jesucristo, que fluye incesantemente sobre nosotros, haga que nuestras almas alcancen una pureza perfecta, que por nuestra fidelidad mantendrá, conservará y desarrollará. Lamentemos todos nuestros pecados pasados; Aborrezcamos cometer la más mínima falta.

Que nuestras almas salgan así de sus malos hábitos, para que podamos revestirnos de pureza; y, sobre todo, que nuestras intenciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros afectos y toda nuestra conducta sean puros, para que seamos encontrados sin mancha a los ojos de Dios, cuando le agrade llamarnos a Él.

1 de noviembre de 1874

Las amonestaciones

Queridas hijas,

Estoy encantada con este punto de la regla que acabáis de escuchar sobre las amonestaciones, la oportunidad de decir unas palabras a propósito de este tema.

Primero os recomiendo que no os detengáis ante lo costoso de esta práctica y que no dudéis en utilizar las amonestaciones, cuando lo consideréis necesario por el bien de la Regla y de la Congregación.

En segundo lugar, quiero llamar vuestra atención sobre un punto de la Regla de San Agustín en el que quizás no os hayáis fijado hasta ahora. San Agustín dice sobre las amonestaciones (cita textual de la Regla): *Si después de una primera amonestación la culpable no se corrige, antes de manifestar su falta a las hermanas que tendrá que convencerla en caso de que lo niegue, se debe advertir a la superiora, con el fin de que, si esta hermana puede ser corregida secretamente, las demás no se enteren de su falta.*

La razón por la que insisto en este punto es que muchas personas, incluso en la vida piadosa, hacen todo lo contrario. Así, una hermana ve una falta: habitualmente se siente molesta e incómoda. Trata de hacer ver a las otras hermanas la pequeña dificultad o el malestar que siente en lugar de pensar caritativamente en los medios para corregir este defecto.

Por eso San Agustín pide que se advierta primero a la superiora porque si la hermana puede ser corregida secretamente es mejor que los demás no conozcan su falta. Porque dar a conocer los defectos o las faltas de una hermana a la superiora no tiene las mismas consecuencias. Como es responsable de la corrección necesita conocer a las personas que están a su cargo, y por lo tanto es bueno y caritativo informarla.

Por lo tanto, lo que hay que evitar de la manera más absoluta es, en los recreos, en las conversaciones, en las relaciones de los empleos, señalar los defectos de las hermanas. Si fuéramos siempre muy fieles a esta regla, en las comunidades habría más caridad, más discreción y algo más de religiosidad.

En el economato, por ejemplo, las faltas suelen ser más evidentes porque hay que tratar con muchas personas, o porque la ecónoma, al estar más importunada, tiene más oportunidades de manifestar las suyas. Si la ecónoma, al ver los defectos de las personas que acuden con gusto a hablar con ella, y que son más o menos difíciles, se dice a sí misma: "Esta persona es difícil", es un gran mal. Lo mismo si deja ver, inclusive a su asistente, lo que ha notado en la conducta de los otros, o si las hermanas comunican a otros en la conversación los defectos que han observado en la ecónoma.

¡Qué lejos, hermanas, está todo esto de la caridad, que solo ve los defectos para remediarlos! Hay que decirlo, somos un compuesto de defectos

e imperfecciones, y no podemos estar en contacto con el prójimo sin encontrar estos defectos e imperfecciones. Pero ved también cómo la caridad está en la regla de las amonestaciones que quiere que, si veis un defecto en una hermana, pidáis permiso a la superiora para hacerle una amonestación de este defecto, para que, si esta hermana puede ser corregida secretamente, los otros desconozcan su falta.

Os hablaba antes del economato. En la cocina, es lo mismo: la hermana cocinera generalmente deja ver sus defectos, y ve los de las hermanas que vienen a buscar los platos, que se impacientan cuando no está todo listo a tiempo, ¡Qué sé yo! Es así en todos los empleos en los que muchas personas van y vienen. Sí, siendo celosa, una pide a su superiora amonestar a sus hermanas de las faltas en las que ve que caen, se corrige el defecto y al mismo tiempo se cuida la discreción.

La naturaleza, si la seguimos, no nos hará actuar así. Detesta amonestar; dice: "¿Cómo quieres que diga eso a mis hermanas? ... ¿Quién soy yo, que tengo tantas imperfecciones, para amonestar a los demás? Pero no le horroriza decir a una hermana en el recreo: "¡Qué impaciente es esta hermana!, ¡qué difícil es! Si quieres, no utilizará una expresión tan fuerte, se servirá de palabras más suaves, pero se las arreglará para que se entienda, para hacerlo sentir.

Es precisamente este abuso, hermanas, el que hay que desterrar, pues no hay ninguna ventaja en dar a conocer las faltas de los demás a quienes no tienen ni el deber ni la responsabilidad de corregirlos. Pero, por el contrario, es necesario un gran coraje para descubrir las faltas solamente a la persona que puede corregirlas, es decir, a la propia persona, o a la superiora.

En cuanto a las amonestaciones que se hacen directamente a la persona, nuestra Regla exige mucha prudencia y discreción, y requiere que se obtenga el permiso de la superiora. Hay dos razones para ello: la primera es que hay mucha gente -no debemos hacernos ilusiones- que agobiaría a los demás con sus amonestaciones particulares, les impacientaría sin cesar, y serían muy mal recibidas. Esto es natural.

La segunda razón es que estas amonestaciones bien podrían convertirse en otras imperfecciones. Al amonestar a una hermana, ella comienza a decir: "Pero tengo tal dificultad..." y esto nos lleva a mantener conversaciones, en intimidades irregulares. Por eso es tan importante que una persona prudente juzgue si es un celo agobiante lo que nos impulsa a amonestar, y si nos dejamos guiar por un celo lúcido, dos cosas absolutamente indispensables, si se quiere que las amonestaciones sean útiles.

Por el contrario, las amonestaciones hechas a la superiora no tienen el más mínimo inconveniente. Supongo que la cansamos, que la molestamos por quejas infundadas; después de todo, esa es su misión, para eso está. Supongo, por otra parte, que estas amonestaciones no son lo suficientemente

caritativas. Ella toma algunas y deja otras, y hace lo que le parece mejor según Dios; en lugar de amonestaciones privadas de hermana a hermana que podrían hacer surgir dar lugar a incomodidades, antipatías, pensamientos malintencionados, y finalmente dar lugar a las irregularidades de las que he hablado hace un rato.

Por el contrario, nunca hay el más mínimo inconveniente en las amonestaciones públicas que se ejercen sobre cosas puramente externas. Decir, por ejemplo, "amonesto a tal o cual persona por no haber cerrado su ventana a tiempo", no hay ninguna dificultad. Es como con las culpas. Todo esto no puede hacer mucho daño en la mente de los demás, y mantiene el espíritu de obediencia, la fidelidad a las recomendaciones. Lo mismo ocurre con otras cosas. Así, cuando se percibe que se ha roto el gran silencio, se puede hacer una amonestación. Esto es bueno, mantiene la regularidad. Nosotros debemos tener un gran celo por la perfección de nuestras hermanas, para que un día sean santas, y al mismo tiempo debemos tener un gran celo por el cumplimiento de nuestras reglas, para dejar tras nosotras una Congregación perfectamente regular y fervorosa.

Pero, para que las amonestaciones produzcan este bien, deben hacerse siempre con un gran espíritu de caridad. De todas nuestras reglas, este punto particular es quizá es el que se debe ser más especialmente orientado por la caridad. La caridad, como sabéis, encierra dos cosas: el amor a Dios y el amor al prójimo. Ahora bien, al amonestar al prójimo con caridad, damos testimonio de nuestro amor a Dios por nuestro celo por su gloria, y también mostramos nuestro amor al prójimo con nuestro celo por su perfección y por nuestro respeto a su dignidad.

Por lo tanto, queridas hijas, tened cuidado cuando veáis las faltas del prójimo, de no verlas nunca con los ojos que critican y culpan. Dios, que penetra en nuestros corazones, no podría bendecir esa mirada que hace - ¿hay que decirlo? - que nos prefiramos a los otros, que nos digamos: "¿Cómo se puede hacer esto? ¡Ah! Yo nunca habría actuado así".

Esto nos lleva directamente a la cuestión del fariseo y el publicano. Cuando nos encontramos con alguna dificultad, pensamos: "Yo nunca habría hecho eso". ¡Es insoportable ...! ¡Es doloroso..." Y entendéis que este diálogo interior no puede ser agradable a Dios, que escucha y ve lo que pasa en nuestros corazones.

Si, por el contrario, nos decimos: "He visto el defecto; pero ¿cómo puedo ayudar para que se corrija? Es increíble cómo este pensamiento de corregir por el bien del prójimo puede evitar todas las preocupaciones y la ansiedad. El procedimiento es más humilde y caritativo, mientras que todas estas opiniones sobre los defectos o imperfecciones del prójimo, que no tienen otro resultado que un orgullo secreto, conducen a la impaciencia y a la falta de apoyo, y ambas cosas no son buenas.

Por lo tanto, queridas hijas, tengamos celo por las amonestaciones. Mantened la caridad en la humildad, pedid la perfección, no sólo para vosotras, sino también para todas vuestras hermanas, para que Dios nos haga a todas auténticas santas a su servicio.

Os he dicho muchas veces que podemos ser verdaderos santos al servicio de Dios, aunque hayamos conservado ciertos defectos, ciertas imperfecciones. Hay santos que han conservado en su exterior algo que no es muy agradable para los otros. Esto debe ser para nosotras un gran consuelo. Algunos estaban molestos, otros rápidos, otros lentos. Se hacían observaciones sobre los santos, cuando estaban vivos.

Así San Francisco de Sales, ese santo tan amable, tan realizado, decía que tardaba una hora en todo lo que hacía. Esto se debe probablemente porque, siendo naturalmente muy vital quería mantener su alma en paz y con paciencia. Otros tenían un carácter ardiente, colérico, y lo demostraban en lo que hacían. Así, vemos a San Bernardo, en su lecho de muerte, pidiendo perdón a su cuerpo por haberlo tratado tan mal. Esto fue ciertamente un exceso, una imperfección, que se veía en su conducta y en sus relaciones con los demás.

Pero, como veis, las imperfecciones externas no son un obstáculo para la santidad. Entre las personas con las que convivimos, hay algunas que pueden ser muy agradables a Dios, muy unidos a nuestro Señor y, sin embargo, conservan algunas imperfecciones externas. Pidamos a Dios que, en el fondo del alma y a pesar de cosas que son como las asperezas para la piel, vivan en unión con nuestro Señor Jesucristo y que, llenos de un gran desprecio de sí mismos, alcancen la virtud y la santidad.

8 de noviembre de 1874

El espíritu de fe

Queridas hijas,

Dejo de lado por hoy lo que aún tengo que deciros sobre las amonestaciones para hablaros del espíritu de fe, y para volver a lo que os contaba hace quince días.

Es bueno recordar que el espíritu de fe, al hacernos presentes las cosas eternas, debería también darnos el valor para despreciar todas las cosas de este mundo y abrazar por amor a Dios una vida no propia de la naturaleza, sino una vida expresada por el pensamiento de las cosas divinas, por el recuerdo de la Redención, la Encarnación o los diversos misterios de nuestro Señor, por el amor y la imitación de Jesucristo. El alma entonces, elevándose a la recompensa eterna, no buscaría su satisfacción en la naturaleza. Mientras

espera y sufre aquí abajo, no perderla de vista lo que hay más allá de este mundo.

Hay otro punto de vista que siempre me llama mucho la atención sobre el espíritu de la fe, y sobre el que es bueno insistir. Es muy simple, es solo esa respuesta del catecismo que nos enseña que Dios es un espíritu puro que no se puede ver, oír, tocar o sentir, un espíritu que de ninguna manera lo podemos percibir con los sentidos.

Si tuviéramos este pensamiento muy grabado en nuestra mente y en nuestro corazón, me parece que suprimiría muchas angustias, muchas preocupaciones, a todas esas preguntas que a menudo nos planteamos, porque en el fondo nos gustaría ver algo de Dios, escuchar algo de Dios, y sobre todo, sentir algo de Dios.

Esta es la aspiración más constante del espíritu humano, una aspiración recta y legítima, ya que Dios es el supremo bien, y que se nos ha prometido. Nuestras preocupaciones, nuestras ansiedades provienen la mayoría de las veces del hecho de que no sentimos a Dios como nos gustaría sentirlo. Nuestra confianza en nosotros mismos, nuestra disposición a caer en el error provienen de creer que percibimos cosas que por su naturaleza están más allá de nuestros sentidos.

Esta idea debe volver a menudo a nuestra oración. Debemos decirnos “Dios se encuentra más allá de mi razón, más allá de lo que veo, de lo que oigo, de lo que toco, porque su naturaleza es bastante oculta, elevada por encima de cualquier punto de contacto con la mía; ha podido comunicarse conmigo por un don inefable, por revelación; pero Dios en sí mismo sigue siendo inaccesible a todos mis sentidos internos y externos. Yo no veo, yo no siento, yo no toco en este mundo más que los signos externos bajo los cuales Él se ha complacido en manifestarse.

Vemos, tocamos, sentimos los signos de los sacramentos a través de los cuales nos llega la gracia. Así, en la Eucaristía vemos, sentimos y tocamos la sagrada hostia. Pero, ved cómo este misterio es una confirmación de nuestra impotencia para alcanzar por los sentidos las cosas divinas y eternas. Vemos, sentimos, tocamos el pan, y no hay pan; de la misma manera vemos, olemos, tocamos el vino, y no hay vino. De manera que vemos solo la apariencia, que recibamos, que nos alimentamos de un signo bajo el cual está Jesucristo. Y, sin embargo, esta es la forma en que vemos más a Dios en este mundo. Vemos algo que ya no es. En este algo que ya no es, Dios es, Jesucristo es. Su cuerpo vivo, celestial y resucitado está ahí, pero no lo vemos. Solo vemos esta apariencia que Dios deja para que podamos ver algo.

Reflexionando, me parece que esto debería convencernos de la impotencia que tenemos aquí abajo para ver las cosas divinas y las eternas. Si hubiera sido posible que Dios nos dejara algo más visible de su eternidad,

después de haberse entregado a nosotros como lo hizo, por supuesto que nos lo habría dejado.

Entre Dios y nosotros hay un abismo, un espacio infinito. Por lo tanto, No dudamos en decir que, en las apariciones, en las visiones es *bajo una apariencia* ¹⁷⁰ que el alma entra en comunicación con el mundo sobrenatural. Los ángeles y los santos, para aparecer en la tierra se revisten de una forma; o apariencia; es una imagen más que una realidad, porque nuestros ojos terrenales no pueden ver espíritus o almas separadas. No pueden ver lo que es celestial, lo que es de Dios.

Sin embargo, como ves, no estoy hablando ahora de lo que es Dios mismo, sino de lo que está de este lado de Dios: he saltado un abismo,

170. sub specie.

he pasado de Dios mismo a Dios encarnado, Dios con un cuerpo humano. Ahora que está en el cielo, este cuerpo solo es visible para nuestros sentidos bajo la apariencia de una sustancia que ya no es, de un pan que ya no es, de un vino transubstanciado, de modo que solo existe la forma, el color y el gusto de los elementos por los que pude llegar a nuestros sentidos.

Todo esto es la enseñanza elemental del catecismo. Sin embargo, esta verdad ayuda maravillosamente al alma en la vida de oración. En lugar de desesperarse si pierde este tipo de conocimiento sensible y visible de las cosas celestiales, en lugar de afligirse si no puede representarse a Dios, para tener este contacto, estas primeras gracias del principio que solo son medios de Dios para atraerla hacia Él, y que aún no son una comunicación de Dios, no este preocupada. Es que llega a algo más real, más espiritual, a Dios mismo, que, siendo invisible, incomunicable, es sin embargo lo más cercano, lo más próximo, lo más íntimo, lo más presente para el alma.

Por un lado, no podemos verlo, olerlo o tocarlo. Por otro lado, está más presente en nosotros que el aire que respiramos, más íntimo que nuestros pensamientos, más en nosotros, haciéndonos vivir, más vivo, considerándonos, amándonos, dándonos la vida, el ser y el movimiento que cualquier cosa que podamos imaginar. Tomad todo lo que podáis pensar de más íntimo, más secreto dentro de vosotras, Dios es aún más íntimo, más presente. Así, esta naturaleza divina que no podemos captar, ni tocar, está dentro de nosotros.

Esta es la enseñanza católica. En el mismo momento en que pasamos de esta vida material a la otra, en la misma habitación, en el mismo lugar, en ese mismo instante, encontramos a Dios presente con todo lo que es, porque ya estaba allí antes. El alma, todavía envuelta en los pañales del cuerpo, encarnado en los sentidos que viven por ella, no podía verlo; pero, en cuanto se convirtió en espíritu puro, en ese mismo instante, en ese mismo lugar, dentro de sí misma, encuentra a Dios porque Él estaba allí.

Estas, hermanas, son verdades que conocéis, y que parece innecesario recordaros, pero sobre ellas descansa el espíritu de oración y la plegaria, porque por un lado no hay desolación por no encontrar a Dios, si el alma está convencida de que solo puede verlo después de esta vida. Por otro lado, como no hay momento, ni minuto en que uno no deba buscar a Dios, si no lo ve, al menos tenemos la completa y absoluta certeza de que realmente está a nuestro alrededor y en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, poseyéndonos, conociéndonos, amándonos y queriendo ser conocido y amado por nosotros.

Ved, queridas hijas, cómo, con la ayuda de estas sencillas respuestas del catecismo, nuestra inclinación continua hacia Dios está asegurada por el espíritu de fe, iluminada por el espíritu de fe, y constituye esa clase de firmeza de un alma que espera todo de Dios y nunca duda de Él, aunque no lo vea, ni lo sienta, ni lo toque.

Si tiene decepciones por parte de las criaturas, si ve todo tipo de acontecimientos que no entiende, si hay situaciones dolorosas en las relaciones entre las criaturas, si hay desolación ante este mundo creado y finito, que no se detenga. Ella sabe que es así en el orden de las cosas visibles, transitorias e imperfectas. No se turba y nunca duda de Dios, porque Dios está presente en todo por su poder, por su voluntad, por su providencia. Ella sabe que Él es santo, infinito, feliz y divino.

¿Por qué, entonces, debemos tener sobre las cosas visibles, este tipo de dudas, de ansiedad, de desconfianza, este algo que parece disminuir la fe y desolar el alma? Que no sea así, hermanas. Cuanto más frío, más desolado, más nefasto sea lo presente, más deberíamos tender a ese Dios solo, que es santísimo, perfectísimo, el más divino, y detenernos ante Él.

Pasemos, pues, queridas hijas, incesantemente del presente a lo eterno, de lo visible a lo invisible. Esto, si no me equivoco, hermanas, es lo que debe ser el esfuerzo continuo del alma que quiere vivir la vida de oración. Al mismo tiempo que es su paz, es su luz y su fuerza.

27 de diciembre de 1874

La adoración, primer deber de la criatura hacia Dios

Queridas hijas,

Quería hablaros hoy de un gran deber que tenemos para con Dios, y del que no podemos prescindir, y es la adoración. Para nosotros, que unimos a la enseñanza la adoración del Santísimo Sacramento, debemos ser especialmente religiosas adoradoras.

Quiero pedirlos, por lo tanto, que al traer al pie del pesebre este pensamiento, este sentimiento, esta vida interior que debe ser la vida habitual de nuestras almas, os deis cuenta de lo que es la adoración. Al mismo tiempo que es el respeto, el servicio soberano a Dios, el reconocimiento de sus derechos y perfecciones es, y aún más, la cumbre del amor.

Entre los hombres, cuando decimos: *Lo adoro*, es la expresión más fuerte y hierde los labios cristianos cuando se aplica a las criaturas. A este respecto, os recuerdo las bonitas palabras de un niño. Le preguntaron si amaba a Dios: "*Si*", respondió, *le adoro*.

De hecho, la adoración es la perfección del amor, la expresión lo más ardiente, de lo más respetuoso, de lo más entregado, el más fiel, de todo lo que le hace a uno salir de sí mismo, entregar todo su ser y pasar al que se adora.

Nuestro Señor Jesucristo, al hacerse niño en el pesebre, nos pide que le demos este amor de adoración, para que, saliendo de nuestra propia vida, entremos en la vida del niño Jesús, y que, diciéndole *Te adoro*, se lo digamos para ofrecerle todo lo que es más ardiente, más generoso, más vital, más delicado en nuestros corazones, todo lo que podemos dar para vivir en Jesús como niño mucho más que en uno mismo.

Aquí, como siempre, hacemos un pequeño examen. ¿Cuáles son las ataduras que me retienen? ¿Cuáles son los lados defectuosos por los que vivo en mí mismo? ¿No soy más sensible a lo que me afecta a mí que a lo que afecta a Jesucristo?

¿Cómo puedo, con un amor tierno, vivo y ardiente, por el amor en su plenitud, transformar todo lo que me hace vivir en mí para vivir en Jesucristo, en su sencillez, en su pobreza, en su humildad, en su amor, en este cuidado de tenerlo siempre conmigo, llevarlo en brazos, estar atento a todo lo que le afecta? Así, arrancando por un amor ardiente todo lo que hace que esta pobre plantita humana aún permanezca en el viejo Adán, en la naturaleza, la llevaré a ese ámbito de la gracia donde todos hemos sido plantados por el bautismo para vivir de Jesucristo, por Jesucristo, en Jesucristo. Este es el camino más seguro y fácil.

El amor es lo más poderoso en nosotros. ¿Qué es lo que hizo a San Juan tan santo, tan perfecto, tan revestido de todas las perfecciones de un gran profeta, un gran apóstol, un gran mártir, un gran confesor de Jesucristo? Es el amor tan completo, tan puro, tan virginal, tan tierno, por el que se unió a nuestro Señor Jesucristo. También nuestras almas están llamadas a este amor. Si nuestro Señor nos ha sacado de entre los hombres, es para que después de San Juan, no lo abandonemos ni en el pesebre ni en la cruz.

San Juan conoció por primera vez al Señor en su vida ordinaria y pública. Intentó seguir a su Maestro, cuando fue detenido por los soldados y huyó, se cree, dejando su ropa entre sus manos: pero pronto regresó, y lo encontramos en el Calvario. Fue él también quien, según la tradición,

acompañó a la Santísima Virgen cuando buscaba las huellas ensangrentadas de su divino Hijo en el camino doloroso. Estaba allí cuando el cuerpo de Jesús fue embalsamado y colocado en la tumba.

El día de la Resurrección, cuando Magdalena anunció a los apóstoles que Jesús había resucitado, fue Juan el primero en llegar a tumba. Todo esto lo hizo por la gracia de un amor santo, un amor ardiente, un amor de adoración que se debe a quien vino a buscarnos y salvarnos de una manera tan sorprendente, tan incomprensible, que sobrepasa todos nuestros pensamientos, a quien haciéndose niño nos muestra un amor que nunca alcanzaremos.